

ANTONIO L. TURNES

Juan Carlos Dighiero

EN EL CENTENARIO
DE SU FALLECIMIENTO

J. C. Dighiero



EG

Ediciones Granada



Juan Carlos Dighiero
(1880 - 1923)

J. C. Dighiero

Antonio L. Turnes

Juan Carlos Dighiero

(1880 – 1923)

EN EL CENTENARIO DE SU FALLECIMIENTO



Ediciones Granada



Ediciones Granada

ISBN: 978-9915-9857-2-5

Primera edición – abril de 2026

JUAN CARLOS DIGHIERO (1880 – 1923), en el centenario de su fallecimiento

© **Antonio L. Turnes**

Contacto: Antonio L. Turnes

alturnesucha@gmail.com

José Ellauri 868. Apto. 202

C.P: 11.300

Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que ordena la ley

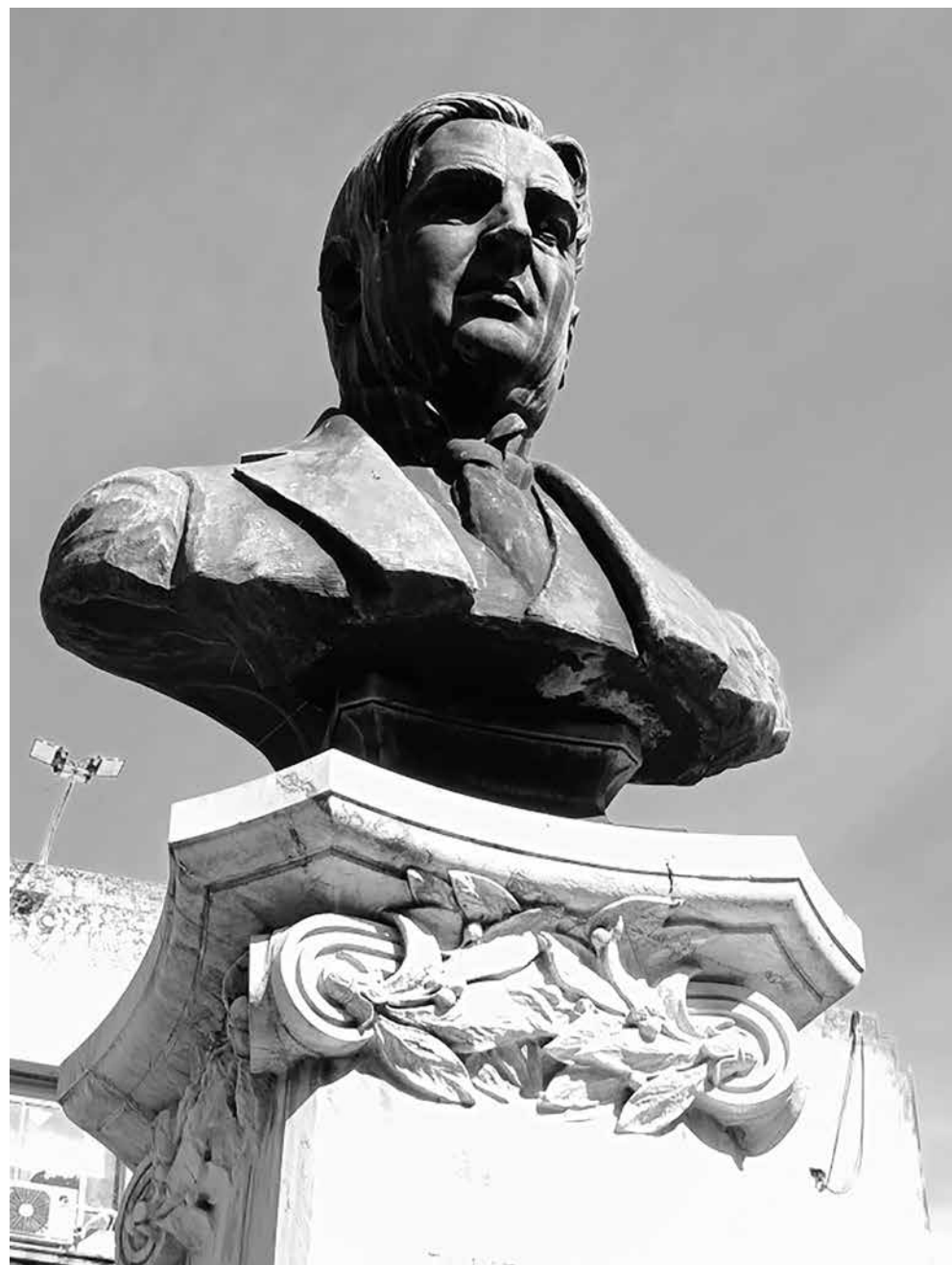
Impreso en Uruguay - 2026

XXXXXX.

XXXXXX - Montevideo.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo o cualquier otro medio mecánico o electrónico, total o parcial del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización de los autores.

Diseño gráfico del libro y la tapa:  Augusto Giussi



AL EMINENTE MÉDICO
Doctor JUAN C. DIGHIERO
1880 – 1923
CIENCIA SEGURA
BONDAD Y MODESTIA
ABNEGACIÓN Y DESINTERÉS
LO HICIERON DESTACAR
CLIENTES, AMIGOS
COLEGAS, DISCÍPULOS
Y CONCIUDADANOS
LE ERIGIERON
ESTE MONUMENTO
EN JULIO DE 1926

(Leyenda inscripta en el frente del monumento)

INTRODUCCIÓN

El 19 de julio de 1923 fallecía en Montevideo el Prof. Dr. Juan Carlos Dighiero Sanguinetti (1880-1923). Cumpliéndose el centenario de ese penoso momento, pareció de oportunidad reunir varios elementos atesorados por la familia, y muy especialmente por la Dra. Graciela Dighiero Arrarte, su nieta, que fueron pasando de generación en generación sin ser exhibidos o divulgados. Uniendo una selección de esos documentos a la hermosa semblanza que había elaborado dicha descendiente con el Prof. Dr. Hugo Malosetti, publicada por Horacio Gutiérrez Blanco en el tomo II de *Médicos Uruguayos Ejemplares*,¹ nos permitirá esta recopilación mostrar más ampliamente la figura de un gran maestro de la medicina uruguaya.

De su expediente como estudiante de la Facultad de Medicina, puede consignarse que ingresó en marzo de 1900, siguió el plan de estudios de 1902 y egresó en diciembre de 1905.² Graduado, viajó a Europa y pasó por las mejores clínicas médicas de Francia y Alemania. A su retorno, en 1908 ya accedió a la jefatura de clínica junto a Francisco Soca, de quien había sido alumno. Enseguida fue designado Profesor Agregado Medicina, e interino de Patología Médica desde 1908 a 1912, y desde

1 MALOSETTI, Hugo y DIGHIERO, Graciela: Juan Carlos Dighiero (1880-1923). En *Médicos Uruguayos Ejemplares*, Tomo II, 1989, Horacio Gutiérrez Blanco, editor. Montevideo, Imprenta Rosgal, pp. 193-196. En: https://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_29_dighiero.pdf

2 Expediente de estudiante de Juan Carlos Dighiero, de la Bedelía de la Facultad de Medicina (Cortesía del Departamento de Historia de la Medicina, FM de UdelAR).

ese año hasta 1922 profesor titular. En abril de 1922, tras la muerte de su maestro Francisco Soca, es designado Profesor de Clínica Médica.

Juan Carlos Dighiero fue una gran esperanza en su momento, para el desarrollo de la moderna clínica médica. Sucesor natural y discípulo predilecto del maestro Francisco Soca (1856-1922)³ asumió la Cátedra de Clínica Médica en el Hospital Maciel el 10 de mayo de 1922, en medio de las expresiones de júbilo de sus viejos profesores, condiscípulos, colegas, estudiantes y amigos. Todos reconocían en él a un médico virtuoso, de profundo conocimiento del hombre y sus realizaciones, con una trayectoria que había transcurrido por la Cátedra de Patología Médica que desempeñó desde su juventud por catorce años (cuatro como interino y diez como titular), con extensos viajes donde había estado en contacto con las mejores clínicas europeas.

Gracias a que la Dra. Graciela Dighiero Arrarte conservara como legado de familia lo relacionado con la carrera académica de Juan Carlos Dighiero, así como lo relativo a su enfermedad, fallecimiento y homenajes realizados con posterioridad, es que se ha podido rescatar este conjunto documental, que hasta ahora permaneció inédito. Se conservaron incluso los manuscritos de sus Clases Inaugurales como profesor de Patología Médica (1912) y como Profesor de Clínica Médica (1922), que constituyen su mejor presentación.

Esa gran esperanza que significó su ascenso a la cátedra de clínica médica, sitio reservado a los mejores, y la mayor aspiración académica de los grandes, se vio segada por la muerte prematura, en un acto heroico como muy pocos se registran en la historia de la medicina nacional. Las circunstancias que condujeron a su muerte se vinculan con su abnegado ejercicio profesional, que dejó de lado malestares personales para acudir al llamado de sus pacientes, en medio del temporal que castigó a la ciudad de Montevideo el 10 de julio de 1923.

Dicho evento, que hizo avanzar el río ancho como mar sobre la parte sur de la ciudad, arrasó viviendas, destruyó calles y produjo inmensos daños. Entre ellos, precipitó a la muerte a Juan Carlos Dighiero, que con un estado de salud precario, salió a atender un llamado de último momento y recibió el impacto del meteoro, que en escasos ocho días puso fin a su prometedora vida.

3 POU FERRARI, Ricardo: Francisco Soca, el ilustre enigmático. Ediciones Plus Ultra, Montevideo, 2021, 690 páginas. En: [https:// www.suhm.uy/ wp/ wp-content/ uploads/ 2021/ 07/ Francisco-Soca.-El-ilustre-enigmatico.pdf](https://www.suhm.uy/wp/wp-content/uploads/2021/07/Francisco-Soca.-El-ilustre-enigmatico.pdf)

Un maestro de clínica médica que comenzaba el ejercicio de su cátedra y había ganado tempranamente el reconocimiento y afecto de todos, entregó su vida en el ejercicio de la profesión. Por eso, José María Estapé señaló en una semblanza que “El Dr. Dighiero poseía el *sentido clínico* de Soca y el corazón de Vilardebó.” Uniendo en una figura metafórica la pericia clínica del primero, con lo que fue la muerte del último, entregado a atender los enfermos de la epidemia de fiebre amarilla en marzo de 1857, con el gesto final de Dighiero.

Dighiero muere pocos días después de haber cumplido 43 años. Deja a su esposa viuda y siete hijos pequeños, cuatro varones y tres niñas, con edades que oscilaban entre los 13 y los 2 años.

De sus hijos, tres de los varones seguirían la senda de su padre: Juan Carlos, el mayor, fue el iniciador de la broncoscopia en Uruguay; Jorge el primer profesor de Cardiología e iniciador de los cateterismos cardíacos; Carlos Santos, laboratorista.

Juan Carlos Dighiero había iniciado un nuevo camino en la Medicina, uniendo la clínica con el laboratorio. Había fundado un laboratorio de análisis médicos junto a José Pedro Urioste y a Alberto Scaltritti, que fue continuado luego por sus hijos y nietos. Pero también – como lo destacan sus colaboradores y alumnos – había emprendido nuevos caminos, acercando a especialistas de diferentes disciplinas que se insinuaban ya en el permanente avance de la medicina nacional.

De él afirmó uno de sus colaboradores más cercanos: Hernán Artucio Núñez⁴:

Minucioso en el interrogatorio, enseñaba a sus alumnos que una buena anamnesis es la mitad de un buen diagnóstico. Era un semiólogo avezado. Percutía como Piorry y auscultaba como Potain. Encaraba los enfermos con una celeridad sorprendente, y luego en pocas palabras fundaba su diagnóstico. Su terapéutica era sencilla, como debe ser la de todo médico moderno.

Llamaba la atención de sus alumnos la facilidad con que abordaba los más variados temas de la medicina, sin preparación previa. Pero sus amores estaban del lado de la patología cardio-renal. Es difícil que se pueda poseer ese capítulo de la medicina de manera más sólida que como la poseía el doctor Dighiero.

4 Hernán Artucio Núñez (1888-1965).

Otro estrecho colaborador suyo, Héctor Homero Muiños, expresó:⁵

Dighiero, médico, había escalado en pocos años una situación prominente. A los 42 años, un puesto de absolutamente primera fila en Montevideo, es indicio seguro de altas calidades. Dighiero las poseía pródigamente. Discípulo, - el primero, - de Soca, a quien había acompañado como jefe de clínica y como asistente en los años de esplendor, había desenvuelto junto al gran maestro una personalidad de tan enérgico relieve, que el viejo clínico de Argerich declaraba, al embarcarse por última vez para Europa, su orgullo al dejar una escuela que prolongaría la vibración de su fuerte impulso y con un jefe de fila como el doctor Dighiero...

(...) El clínico, el admirable clínico, dominaba en su robusta personalidad médica. Pero su preparación teórica era de primera agua. Catorce años dictando la cátedra de Patología Interna le habían dado una erudición disciplinada y honda, que reforzaba sus estupendas condiciones naturales. Sólo que, - y aquí aparecía su ejemplar equilibrio, - Dighiero disimulaba su intensa preparación de estudioso tras una de sus virtudes cardinales: la sencillez. Su genio, enemigo tenaz de todos los exhibicionismos y de todas las aparatosidades, le impedía sacar a relucir su erudición como muestrario de joyería. En sus clases, pasaba, deslumbradora, toda su experiencia honrada y honda de la medicina. Algún gran nombre favorito, Merklen, Vaquez, Chauffard, ponía un chispazo en la exposición. Y nada más. Porque además de sencillo y modesto y honesto y sincero, Dighiero era un magnífico profesor. Conocía el valor de la concisión. Tenía el secreto de las síntesis geniales. Poseía el don de enseñar.

En las páginas que siguen aparece la citada semblanza de Malosetti y Graciela Dighiero, así como los principales hechos y documentos rescatados en la trayectoria de Juan Carlos Dighiero, y las repercusiones de su nombramiento. Con su sorpresiva e injusta muerte, se dieron cita manifestaciones de pesar en la sociedad y los principales medios de comunicación de la época.

Aquí se recogen documentos inéditos, guardados por más de cien años por la familia, que ayudan a conocer mejor – aunque con brevedad – la trayectoria, actividades, enfermedad y fallecimiento, así como los homenajes que se le tributaron.

5 BUÑO, Washington: Héctor H. Muiños (1888-1971). En Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II, 1989, Horacio Gutiérrez Blanco, editor, pp. 289-299. En: https://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_43_muinos.pdf

Finalmente, a través de un comité de homenaje, formado por amigos, pacientes y colegas, se reunieron mediante la contribución popular, los recursos para erigir en 1926 un monumento que recordara su memoria, frente a la Facultad de Medicina. En un gesto – el modelo de erigir un monumento a una personalidad médica uruguaya por suscripción popular – que fue el primero realizado en el país, y que en 1938 se repetiría para levantar otro monumento a Luis Morquio, el gran maestro de la Pediatría Nacional, en el Parque José Batlle y Ordóñez.

UNA BREVE SEMBLANZA

*Hugo Malosetti y Graciela Dighiero*⁶

Al confrontar lo escrito sobre la personalidad del profesor J. C. Dighiero, el ocasional lector sufre un impacto sobre un rasgo de la personalidad del eximio profesor: su extrema bondad y su alegría de vivir, que emanaba de él como si un halo de bondad rodeara su persona.

Su complexión y altura más que mediana, unida a una voz clara y palabra fácil, contribuían más aún a resaltar su jovialidad y optimismo, modalidad que lo destacaban desde su vida de estudiante y que los avatares de la vida no habían conseguido modificar.

Siempre dispuesto al humorismo sano, brotaban de sus labios palabras que trasmitían situaciones jocosas.

Con esta su innata modalidad zanjaba resistencias y momentos enojosos, limando asperezas y abatiendo resistencias.

El Dr. Muiños, en una publicación de los *Anales de la Facultad de Medicina* dice: “Si hubiera que concretar la virtud dominante en aquel carácter sereno y sin repliegues, la Bondad lo definiría.

“Era un hombre bueno. Bueno con una nobleza que irradiaba y seducía; bueno hasta la increíble abnegación, hasta el casi absurdo don de

6 DIGHIRO, Juan Carlos: En *Médicos Uruguayos Ejemplares*, tomo II, Montevideo, 1989, Horacio Gutiérrez Blanco (editor), pp.: 193-196. En: https://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_29_dighiero.pdf

sí mismo; bueno en todos los instantes de una existencia en la que no pueden hacerse divisiones artificiales; hay una maravillosa unidad en su vida luminosa y recta que no conoció la atracción del zigzag. El hombre, el médico, el profesor, el amigo se confundían armoniosamente en el troquel de un carácter único y definitivo”.

Sus padres fueron Carlos Dighiero y Rosa Sanguinetti.

En el año 1909 contrae matrimonio con María Josefa Urioste; su descendencia fue numerosa, constituida por 4 varones y 3 mujeres.

De los varones 3 de ellos continuaron la orientación paterna eligiendo medicina como meta de sus estudios; el cuarto hijo culminó sus estudios como ingeniero agrónomo.

Su hijo mayor nacido en 1910, Juan Carlos, tuvo una excelente actuación en su profesión, siendo en el país un pionero de la técnica broncoscópica, perfeccionándola posteriormente; esto sucedía a mediados de la década del 40.

Jorge, nacido en el año 1912, una vez culminada su carrera inclina sus preferencias hacia la cardiología, imprimiéndole un nuevo rumbo en nuestro país mediante la instauración de un nuevo método: la angiografía y el cateterismo cardíaco, primero en forma experimental. Pese a las oposiciones que desencadena todo nuevo método, logró aunar esfuerzos con otros colegas hasta llegar a la instauración de la cirugía cardíaca en el país.

El profesor Dighiero cursó sus estudios secundarios en establecimientos vinculados a nuestra universidad, graduándose de bachiller en 1899, siendo uno de los últimos bachilleres del siglo en obtener el título.

Se graduó como médico el 15 de Diciembre de 1906, partiendo inmediatamente hacia Europa con el fin de completar su formación académica en diversos centros calificados de Francia y Alemania, por el espacio de 2 años.

A su regreso en el año 1908, es jefe de Clínica en el Servicio del Profesor Francisco Soca, permaneciendo a su lado hasta la muerte del insigne profesor.

En el año 1912, a través de Concurso, obtiene la Cátedra de Patología Médica, que ejerció durante 10 años.

En 1922 es nombrado Profesor de Clínica Médica, sustituyendo al profesor Soca por el fallecimiento del mismo; cargo que ocupa durante

un solo año a causa de su desaparición prematura.

Señalamos otras funciones que ocupó vinculadas con la medicina, como ser: Consejero de la Facultad de Medicina; Presidente de la Sociedad de Medicina; Miembro del Comité Ejecutivo del Sindicato Médico del Uruguay, cuando la presidencia del mismo estaba ejercida por el Dr. Augusto Turenne (este último había sido miembro fundador y primer presidente de la Institución en 1918 [1920]).

En el momento de avaluar todo lo que no puede transmitirse a través de una fría enumeración de títulos y cargos, incapaces ellos de patentizar los auténticos valores de una personalidad como la del profesor Dighiero, es preciso indagar, recorrer, rastrear en todo aquello vinculado a su persona especialmente en sus múltiples facetas como médico, intentando verter en estos renglones la versión más veraz posible.

De ahí la necesidad y obligación de recurrir a las fuentes primarias, sin ninguna interpretación posterior pasible de deformar la realidad, conservando así su verdadero mérito.

De ahí la idea de recurrir a los originales de colegas y de estudiantes, que en el momento de su desaparición conformaban el grupo de discípulos, transcribiendo partes de ellos.

En primer término la del Dr. H. H. Muiños:

“La carrera médica de Dighiero fue ascendente e irresistible. Tenía todo el caudal que se aprende en los libros, junto a la riqueza de un talento todo espontaneidad y todo nitidez. Clínico hasta la punta de las uñas, como el maestro, tenía esa sagacidad que no da el estudio ni siquiera el ejercicio continuado de la profesión, rara calidad instintiva que individualiza los grandes temperamentos médicos de excepción; golpe de vista instantáneo que una disciplina médica prodigiosa auxiliaba con



Juan Carlos Dighiero poco después de doctorarse en medicina

los datos de un examen impecable. No se puede, cuando se habla de Dighiero, dejar de insistir sobre este su extraordinario sentido clínico, especie de sexto sentido que lo orientaba con certidumbre raramente desmentida y que una educación médica rigurosa había afinado al extremo. Era así, por encima de todo, un gran clínico, y lo es por la penetración, por la serenidad, por el método, por el equilibrio. Porque todas sus altas facultades estaban como en nadie sometidas al enérgico contralor de una ponderación que quizá constituía la arista dominante de su genio médico. Era la discreción más rara, la medida más perfecta, la prudencia más inteligente, quien ponía en su criterio una nota invariable y personal. No conoció la embriaguez de los “emballéments” tendenciosos y falaces; un increíble poder frenador subordinó siempre sus opiniones al rigor de un análisis clarividente.

El clínico, el admirable clínico en su robusta personalidad médica. Pero su preparación teórica era de primera agua. Catorce años dictando cátedra de Patología Interna⁷, le habían dado una erudición disciplinada y honda que reforzaba sus estupendas condiciones naturales. Sólo que aquí aparecía su ejemplar equilibrio. Dighiero disimulaba su intensa preparación de estudioso tras una de sus virtudes cardinales: la sencillez.



Pierre Félix Merklen (1852 – 1916)



Louis Henri Vaquez (1860 – 1936)

7 Diez años como titular de la Cátedra de Patología Médica (1912-1922) y cuatro años anteriores como Profesor interino (1908-1912).

Su genio, enemigo tenaz de todos los exhibicionismos y de todas las aparatosidades, le impedía sacar a relucir su erudición como muestrario de joyería. En sus clases, pasaba deslumbradora toda su experiencia honrada y honda de la medicina.

Algún gran nombre favorito, Merklen, Vaquez, Chauffard, ponía un chispazo en la exposición. Y nada más. Porque además de sencillo y modesto y sincero, Dighiero era un magnífico profesor. Conocía el valor de la concisión.

Tenía el secreto de las síntesis geniales. Poseía el don de enseñar.”

A continuación se transcribe el sentir de los estudiantes de Medicina aunados en un Comité de Alumnos y expresada en una oratoria por el bachiller José D. Mautone⁸.

“Lo que a nosotros, los estudiantes concierne, es particularmente en la clínica donde lo conocimos. Allí, en la mañana, bajo la dirección siempre afectuosa de los Jefes de Clínica, aprendíamos a buscar los signos, a interpretarlos y estábamos a menudo alrededor de la cama de un enfermo, cuando Dighiero llegaba. Y entonces, a pesar del sentimiento de respeto hacia la alta ciencia del Profesor, no nos sentíamos empujados con su presencia, sino que su llegada nos llenaba el espíritu de bienestar, pues bien sabíamos que él venía a ayudarnos, a poner orden en nuestras ideas y claridad en nuestras dudas.

“No podíamos esperar de otro modo a este profesor y amigo que nos enseñaba con amor la buena clínica, la terapéutica eficaz y la piedad al enfermo. Lo esperábamos como a un hermano mayor que nos trae día a día su cosecha de saber y de experiencia y una afectuosidad franca y sincera. Como el árbol, que por ley natural nos da sus frutos sin exigirnos nada, así nos brindaba su ciencia y afecto.



Anatole Marie Émile Chauffard
(1855 – 1932)

8 José Daniel Mautone (1896-1978). Ver su semblanza, realizada por Daniel Mautone Baras en: Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, 2006 (Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes, editores). En: <https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/mautone.pdf>

“La lección clínica iba a comenzar. Dighiero se abría paso entre nosotros que aguardábamos apiñados alrededor del enfermo, hasta que lograba llegar hasta la cabecera. Interrogaba al enfermo como a un amigo, conocido desde largo tiempo y por el uso de las expresiones y vocablos habituales del paciente, obtenía de él preciosos datos.

“En el examen físico, aparecía el semiologista fino, que lee en el facies y aprecia delicados matices del sonido. Sin embargo, no buscaba Dighiero que le supiésemos capaz de una verdadera magia de semiología, pero sí deseaba que por el ejercicio tenaz alcanzásemos la fina educación de sus sentidos; por eso nos invitaba con insistencia a la comprobación del signo y a que expresáramos nuestras dudas con entera libertad. Y nosotros no teníamos el más mínimo temor de revelar nuestra ignorancia, ante ese profesor de quien sabíamos no nos vendría el duro reproche ni la ironía elegante y mordaz.

“Comenzaba la lección. En un lenguaje sencillo y claro, nos exponía la historia del enfermo; pero advertíamos – con grata sorpresa – que los datos del interrogatorio suministrados sin orden ni relación aparente, se habían conectado con tal rigor de lógica – con tal belleza, diríamos – como una sucesión de fenómenos. Expuesta la historia, tomaba en consideración los signos, y recalcando su valor, estableciendo relaciones, nos llevaba tan insensiblemente de lo normal y fisiológico al estudio de las perturbaciones funcionales u orgánicas, que el diagnóstico no nos parecía una finalidad lejana e inasequible.

“Sin dejar de señalarnos, jamás, el escollo, nos planteaba con claridad y sencillez admirables, los más arduos problemas; todo llanamente.

“Cuando hablaba, dirigía con tal destreza nuestra atención hacia el problema clínico, que seguíamos sin esfuerzo la trayectoria de su idea, como con la vista, en un cielo azul y límpido, seguimos el vuelo de blancas palomas.

“Convencido desde largo tiempo atrás de que la semiología y la terapéutica deben enseñarse de continuo desde que el estudiante ingresa hasta que abandona las clínicas, encarga a sus colaboradores, jefes de clínica y asistentes del servicio, que además de encaminarnos en la semiología lo hicieran también en lo que respecta al tratamiento. En sus lecciones, a menudo, él mismo nos daba a conocer hasta en sus detalles más minuciosos, cómo habíamos de tratar al enfermo con quien nos dictaba su lección.

“Toda clínica debe ser una unidad, con personal completo y aún con especialistas. Era ésta una de sus ideas, y en su fuerte aptitud realizadora Dighiero había comenzado a darle forma concreta, existencia tangible. Por eso os recordaré que llamaba a su clínica a distinguidos especialistas, extraños al servicio, para que nos ilustraran acerca de cuestiones de palpitante interés médico y científico. Por eso señalaré también los cursos de vacaciones, en los que él, sus asistentes y jefes de clínica, y reconocidas autoridades de nuestro profesorado, disertaban sobre temas de gran utilidad práctica. Y reconociendo la importancia de la terapéutica, algunas de estas disertaciones son consagradas directamente al tratamiento.

“Si para la Facultad la orientación pedagógica de uno de sus profesores más laboriosos y dignos, tiene un gran valor desde el punto de vista de las necesidades actuales y de las renovaciones futuras, para nosotros, que no entramos a juzgar, tiene la significación de un noble y desinteresado afán por el perfeccionamiento de nuestro aprendizaje.

“Y este amor a la enseñanza, rasgo saliente de nuestro malogrado maestro, se transparentaba en sus lecciones por un empeñoso deseo de que aprendiéramos, por la encantadora sencillez – que jamás le quitó autoridad! – con que allanaba las dificultades de nuestro camino; y por el candoroso placer que ponía en descubrirnos las fuentes de sus conocimientos, en señalarnos los buenos libros o la revista donde ha sido escrita una página útil y necesaria.

“No desdeñaba Dighiero, a pesar de la orientación eminentemente práctica de su enseñanza, las especulaciones científicas que parecen llevar, por el rigor del cuadro de belleza, pulcro, sencillo, lleno de luz, en el que viven destacándose las enseñanzas sólidas, sobre un fondo en el que dormitan, en una lejanía auroral, sugerencias fecundas.

“La Escuela Argerich era así una entidad que sin perder los caracteres que adquiriese bajo la enseñanza de Soca, El Maestro, vivía vigorosamente bajo la dirección vigilante y piadosa del discípulo excelso, Juan Carlos Dighiero”.

Poseía además una cultura general sobresaliente, y en su biblioteca participaban los libros de arte, no estando a la zaga de los científicos.

Su proyección hacia lo social era hacia aquel que sufre. Estaba consustanciado con el dolor ajeno, tratando de corregir todo aquello que

fuera injusticia social; para él era igual el paciente del hospital, su paciente particular, como el indigente.

Se sumaba a esto su actividad de servir en forma silenciosa y anónima con el fin de no rebajar al indigente.

Desde la desaparición del profesor Soca y elegido como su sucesor con el aplauso de sus iguales y de los que fueron sus discípulos, trazó una meta a cumplir: la de impedir la disgregación del núcleo de jóvenes médicos que constituían la llamada “Escuela Argerich”, para lo cual solicitó cambiar el nombre de la sala por el de Soca, para tratar de conservar el núcleo de sus alumnos para un futuro, evitando que pudieran quedar huérfanos de protección universitaria. Esto fue dicho pocas horas antes de su fallecimiento.

Su muerte estuvo vinculada a su abnegación y sentido del deber. Pocos días antes de su fallecimiento, en una noche fría invernal y lluviosa, en el momento de arribar a su domicilio tiene un nuevo llamado; rápidamente después de esto comienzan sus molestias que aparentemente son benignas pero que el Maestro diagnostica como enfermedad grave; la gripe, de la cual había estado días antes dando lecciones a sus discípulos.

Su muerte fue un verdadero duelo nacional con repercusión en todos los ámbitos sociales.

De él nos resta su enseñanza en todos los órdenes como una lección a imitar.

El país lo recuerda en el Hospital Maciel, donde una sala, la antigua San José, recibe su nombre; una calle de nuestra ciudad también lo recuerda; y en la Avda. General Flores, frente a la Facultad de Medicina, existe un pequeño monumento levantado en su memoria, ante el cual pasan tantos en forma indiferente sin saber cuánta grandeza simboliza.

LA FAMILIA DIGHIERO

Al evocar a su abuelo, ha expresado su nieta Graciela Dighiero Arrarte⁹:

“El primer médico de la familia fue mi abuelo, Juan Carlos Dighiero. Su padre había llegado de Sestri Levante, en Italia. Y aquí puso La Liguria, una mercería en la calle Convención entre San José y 18 de Julio. Durante el famoso temporal de julio de 1923 mi abuelo iba a ver un enfermo en su auto, una cachila como eran todas entonces. Cuando transitaba por la rambla con semejante temporal, el auto se le empapó y él se mojó todo. Ya estaba con un estado gripal y con la mojadura desarrolló una bronconeumonía. Murió en una semana, con 43 años. Su muerte causó tanto impacto que se llevó adelante una colecta popular para hacerle una estatua que está en frente al edificio central de la Facultad de Medicina (sobre General Flores). Fue la primera vez que se hizo algo así.”

La familia

Juan Carlos Dighiero Sanguinetti había nacido en Montevideo el 12.07.1880.

Graduado en la Facultad de Medicina de Montevideo el 15.12.1905

Fallecido en Montevideo el 19.07.2023.

⁹ DIGHIERO ARRARTE, Graciela: en Del Danubio al Río de la Plata: recuerdos de allá y de acá. Edmundo Batthyány Majláth, Compilador: Luis Prats. Montevideo, abril 2021, s/p.

AL Dr. JUAN CARLOS DIGHERO

Notable médico, profesor y generoso profesional. Muró joven, víctima de su santa solicitud con los enfermos, entre los que consiguió cariño y reconocimiento. El monumento es obra del escultor nacional Juan D'Asiello, constituido por un pilar de mármol, coronado por el busto en bronce y un grupo escultórico también en bronce. Enplazado frente a la Facultad de Medicina, fue inaugurado en Julio de 1926.



El monumento erigido frente a la Facultad de Medicina, luego que fuera dañado por el vandalismo urbano.

Graduado en diciembre de 1905, emprende viaje a Europa por dos años en 1906 permaneciendo ese año y el siguiente. En 1908 retorna y es designado profesor agregado de Medicina y encargado de la Cátedra de Patología Interna.

Fueron sus padres:

Carlos Dighiero, nacido en Sestri Levante, pueblo situado a 47 km al S.E. de Génova, y Rosa Sanguinetti, nacida en Entre Ríos, Argentina.

Formó su propia familia con:

María Josefina Urioste Lema, nacida el 01.11.1886, hija de Santos L. Urioste y Adela Lema. El matrimonio de Juan Carlos Dighiero Sanguinetti y María Josefina Urioste Lema tuvo lugar el 18 de diciembre de 1909.

En 1912 es confirmado como profesor titular de Patología Médica, cargo que desempeñará durante 10 años.



En la Plaza de San Marcos, Venecia, junto a su esposa María Josefina Urioste, con su hijo Jorge en brazos, y su primogénito Juan Carlos de pie.

Realiza un segundo viaje a Europa, en 1913, acompañado de su esposa y sus dos hijos Juan Carlos (2 años) y Jorge (1 año). Llevan servicio doméstico para ayuda. Al retorno, el matrimonio tendrá cinco hijos más en los años siguientes:

• JUAN CARLOS	03.12.1910	12	Viaje a Europa 1913
• JORGE	04.09.1912	19	Viaje a Europa 1913
• Ma. JOSEFINA	04.07.1914	9	
• ALBERTO	03.03.1916	7	
• MARGARITA	23.07.1917	5	
• CARLOS SANTOS	12.07.1919	4	
• ADELA ROSA	08.08.1920	2	

Producida la lamentable muerte de Francisco Soca el 29 de marzo de 1922, Juan Carlos Dighiero es designado Profesor de Clínica Médica y asume el 10 de mayo de 1922, falleciendo al año siguiente, el 18 de julio de 1923.

Familia y profesión médica

Washington Buño en su Nómina de Egresados de la Facultad de Medicina entre 1881 y abril 1965 incluye los siguientes derivados de la familia DIGHIERO:

DIGHIERO, Juan Carlos	15.12.05
DIGHIERO URIOSTE, Juan Carlos	24.04.38
DIGHIERO URIOSTE, Jorge	29.10.40
DIGHIERO URIOSTE, Carlos Santos	23.03.55
DIGHIERO OLIVERA, Mario	28.12.49

El listado del registro en el MSP (2010) de profesionales de la salud, incluye los siguientes médicos de la familia DIGHIERO:

BATTHYÁNY DIGHIERO, Carlos I.	64676	CJPPU
BATTHYÁNY DIGHIERO, Clara María	62336	““
COMAS DIGHIERO, Alberto Luis	25356	““
COMAS DIGHIERO, Margarita	35201	““

DIGHIERO ARRARTE, Graciela	25853	“ “
DIGHIERO ARRARTE, Guillermo	19119	“ “
DIGHIERO FASCIOLI, Cecilia Inés	87664	“ “
DIGHIERO NIN, María Margarita	48981	“ “
DIGHIERO OLIVERA, Mario	2227	“ “
DIGHIERO TAVARES, Luis S.	53938	“ “
DIGHIERO URIOSTE, Jorge	5862	“ “
DIGHIERO URIOSTE, Juan Carlos	3606	“ “
EIRIZ DIGHIERO, Alejandro	29470	“ “
RIBEIRO DIGHIERO, Diego	30377	“ “
VARELA DIGHIERO, Santiago	31022	“ “

* * *

Al fallecimiento de Juan Carlos Dighiero, la esquila fúnebre detallaba algo más la integración de la familia extendida:

Además de su esposa, María Josefina Urioste; sus hijos: Juan Carlos, Jorge, María Josefina, Alberto, Margarita, Santos Carlos y Adela; su madre Rosa Sanguinetti de Dighiero; su madre política, Adela Lema de Urioste; sus hermanos: Rosaura Dighiero de Pérsico, Mario Rómulo, Ítalo, Margarita y María Elena, participaron del aviso de prensa dando cuenta que falleció el 18 de julio de 1923.

Su cuñado, el médico José Pedro Urioste, graduado el 17.12.1907, y socio de Juan Carlos Dighiero y Alberto Scaltritti en el Laboratorio clínico particular, se hizo cargo del apoyo a la familia de su hermana viuda. Encaminó en la Medicina a tres de esos hijos: Juan Carlos, Jorge y Carlos Santos. Cuando sus jóvenes sobrinos estuvieron en edad de iniciarse en la carrera, los recibió en el Servicio de Medicina a su cargo en el Hospital Pasteur, que él dirigía desde la inauguración de este centro asistencial público en noviembre de 1922. Otro cuñado, Alfredo Pérsico, casado con Rosaura Dighiero Urioste, se había graduado el 06.09.12.

De su descendencia

Tres de sus hijos, Juan Carlos, Jorge y Carlos Santos, se graduaron como médicos en la Facultad de Medicina de Montevideo. El primero

fue un destacado broncoscopista, que introdujo la técnica en Uruguay. El segundo fue el primer profesor de Cardiología, y el iniciador de los cateterismos cardíacos para diagnóstico de cardiopatías. El tercero se dedicó al laboratorio creado por el padre. Los tres estuvieron vinculados a la clínica del José Pedro Urioste¹⁰ en el Hospital Pasteur y prosiguieron su actuación junto a Raúl A. Piaggio Blanco.

Dos hijos de Jorge Dighiero Urioste fueron médicos: Guillermo Dighiero Arrarte, luego de iniciarse en la carrera docente en la Facultad de Medicina de Montevideo, fue becado a Francia, donde prosiguió su carrera consagrado a la hematología y fue un líder de la investigación en diagnóstico y tratamiento de la leucemia linfoide crónica. Graciela fue también egresada de la carrera de Medicina, especializada en cardiología, presidenta de la Sociedad Uruguaya de Cardiología y primera presidenta mujer del Sindicato Médico del Uruguay. Ambos hermanos tuvieron hijos médicos: Guillermo los hubo en Francia, donde ejercen; Graciela en Montevideo: Lara, pediatra y Carlos Batthýany Dighiero, bioquímico y director del Institut Pasteur de Montevideo.

10 José Pedro Urioste Lema (1882 – 1963), hermano de la viuda de Juan Carlos Dighiero Sanguinetti, era tío político de los hermanos Dighiero-Urioste, y los tomó bajo su protección a la muerte del padre de estos, y fue quien los orientó en los primeros pasos en su formación médica, en su servicio del Hospital Pasteur, en Montevideo. Posteriormente el servicio fue dirigido por Raúl Alfredo Piaggio Blanco (1905 – 1952) y los tres hermanos Dighiero Urioste formaron parte de su escuela.

SU FORMACIÓN MÉDICA

Realizada esencialmente en la Facultad de Medicina de Montevideo entre marzo de 1900 y diciembre de 1905; una vez graduado, en 1906 viaja a Europa por dos años, donde concurre a diferentes clínicas médicas en Francia y Alemania. No hemos encontrado referencias concretas de su participación en ellas, ni los nombres de quienes fueron sus maestros allí, salvo las menciones que a su muerte hicieron algunos de sus colaboradores cuando citan los personajes que él recordaba.

A su retorno a Montevideo es designado profesor agregado de medicina en 1908 y debe ocuparse de impartir la enseñanza de la patología médica por cuatro años en carácter interino. Finalmente en 1912 es designado profesor en titularidad de dicha cátedra, que ejercerá de forma continuada hasta que en mayo de 1922 asumirá la 4ª. Clínica Médica, luego de la muerte de su maestro Francisco Soca.

Entre esos años, tanto su ejercicio académico en la asistencia y la enseñanza, como su práctica privada, le cimentan un creciente prestigio profesional.

En unión de José Pedro Urioste y Alberto Scaltritti funda un laboratorio de análisis médicos, que luego será continuado por sus hijos y nietos durante décadas. Aporta con su conocimiento y espíritu de progreso el laboratorio también a la clínica del Hospital Maciel, donde menciona que allí había un pequeño laboratorio que ya permitía avances en el

diagnóstico y evolución de los tratamientos. Será Alberto Scaltritti quien se hará cargo de dicho laboratorio en el servicio de Francisco Soca.

Alberto Scaltritti (1879-1955) aparece ya en alguna publicación de 1912, haciendo aportes sobre el estudio de la Hematología.¹¹ En 1948 se lo menciona presidiendo la Comisión Nacional de Hemoterapia.¹²

Dighiero estudiante

Juan Carlos Dighiero ingresó a la Facultad de Medicina en marzo de 1900 y egresó en diciembre de 1905, cumpliendo estrictamente en cinco años con el plan de estudios vigente. En su expediente figura su trayectoria curricular, con la constancia del pago de derechos para rendir cada examen así como para la obtención del título de Bachiller, al egresar de Enseñanza Secundaria, que entonces era otra sección de la Universidad de la República, y finalmente su título de Doctor en Medicina y Cirugía. Habiendo ingresado con el plan de estudios anterior, optó luego por el Plan de 1902. Estuvo en la misma generación de ingreso con Paulina Luisi, que egresó tres años después que Dighiero, en 1908.

Sus exámenes fueron registrando una actuación muy correcta, con calificaciones variadas.

Química Biológica la aprobó con Bueno. Física Médica con Sobresaliente. Anatomía I (descriptiva) con Bueno. Historia Natural Médica, con Bueno.

Anatomía topográfica e Histología aprobó con Bueno. Fisiología con Muy Bueno por mayoría con un voto de Sobresaliente.

Patología Quirúrgica I con Bueno por mayoría con un voto de Regular.

Anatomía Patológica, con Bueno por mayoría, con un voto de Regular.

Patología General con Muy Bueno por mayoría con un voto de Sobresaliente.

Patología Médica I, con Bueno por unanimidad.

11 SCALTRITTI, Alberto: Apuntes de Hematología. *Evolución*, revista mensual de ciencias y letras de la Federación de los Estudiantes del Uruguay, Noviembre 1912, No. 2, pp. 65-73, en: <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/13/browse?type=author&order=ASC&rpp=15&value=Scaltritti%2C+Alberto+%281879-1955%29>

12 La Sanidad en Uruguay, *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, junio de 1948, p. 528. En: <https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/14286/v27n6p520.pdf?sequence=1&isAllowed=y>



Sala Argerich. 2ª. Clínica Médica. Curso 1906. Jefes de Clínica: Gabriel Real de Azúa y Camilo Paysée. La dama frente al Prof. Francisco Soca es Paulina Luisi.

Materia Médica y Terapéutica con Muy Bueno por unanimidad.

Patología Externa II, con Bueno por unanimidad.

Patología Médica II, con Bueno por unanimidad.

Obstetricia y Ginecología, con Muy bueno por mayoría, con un voto de Bueno.

Anatomía topográfica y Operaciones con Muy Bueno por mayoría con un voto de Bueno.

Clínica Quirúrgica con Muy Bueno por unanimidad.

Medicina Legal aprobó con Sobresaliente por mayoría, con un voto de Muy Bueno.

Clínica Obstétrica aprobó con Sobresaliente por mayoría con un voto de Muy Bueno.

Higiene aprobada con Muy Bueno por mayoría con un voto de Sobresaliente.

Clínica Médica, aprobó con Sobresaliente por mayoría con un voto de Muy Bueno.

Clínica de Niños, aprobó con Muy Bueno por unanimidad.

Discípulo predilecto de Francisco Soca

Los testimonios de la época, así como las referencias registradas en la prensa con motivo de su fallecimiento y las reseñas fúnebres lo señalan como el discípulo predilecto del maestro Francisco Soca, quien lo propuso como el reemplazo, en ocasión de su último viaje a Europa. Así fue seguido por todos quienes formaban parte de la clínica de la famosa sala Argerich. Son múltiples las menciones que hace el propio Juan Carlos Dighiero en su clase inaugural como nuevo profesor de Clínica Médica, al suceder a Soca, como se verá más adelante. También lo señala en esa condición Washington Buño, cuando reconstruye la biografía de Héctor Homero Muiños, como se mostrará en seguida.

La clínica y el laboratorio

Uno de los aportes que realizó Juan Carlos Dighiero fue la unión de la clínica médica con el laboratorio. Es un hecho destacable que instaló en los comienzos del siglo XX un laboratorio clínico junto a José Pedro Urioste y Alberto Scaltritti; le acompañaba el químico farmacéutico J. Cassiniga. Estaba instalado en la calle Mercedes 891 y brindaba servicios a los colegas que les referían sus pacientes, así como daba apoyo a los pacientes del Hospital que pudieran requerirlo, en un gesto ampliamente filantrópico.

Este laboratorio, que luego de su muerte continuaron sus compañeros, fue prolongado a lo largo del siglo XX por sus hijos, especialmente Carlos Santos Dighiero Urioste, y sus nietos Guillermo y Graciela Dighiero Arrarte.

Cuando en mayo de 1922 asumió la cátedra de Clínica Médica, en su lección inaugural señaló Dighiero:

Las enfermedades infecciones se hacen comprensibles, el laboratorio busca, aísla, los gérmenes de muchas enfermedades, consigue reproducir experimentalmente muchos de ellos, lo que la sagacidad de los clínicos había sospechado el laboratorio lo confirma, el labo-

ratorio se vincula definitivamente a la clínica, la experimentación en animales hace comprensible muchos hechos de patología humana.

La sala Argerich fue de los primeros servicios del Hospital en tener su pequeño laboratorio, modesto, donde gente de buena voluntad puso sus conocimientos al servicio de la Clínica.

Conocemos todos el rol fundamental, capital, que desempeña hoy el laboratorio como auxiliar, como control, como complemento de la clínica, y, en muchos casos, como único medio de llegar al conocimiento del agente etiológico de las enfermedades.

Todos los grandes descubrimientos desfilan en sus lecciones con su justo valor. Exámenes citológicos, exámenes serológicos, etc.; pero como buen clínico, cree que en los casos dudosos es siempre la clínica que debe dar su fallo definitivo.

Ya había unido la clínica con el laboratorio en su vida profesional, y esa misma concepción moderna la llevó al ejercicio de su práctica docente, jerarquizando ese apoyo indispensable que en el futuro no dejaría de crecer y aportar para ensanchar el horizonte.

Sobre la enfermedad y muerte de Francisco Soca

La bibliografía publicada que hacia mención a la muerte de Francisco Soca, centraba la atención en un accidente cerebro vascular de rápida evolución fatal.

Sin embargo, Dighiero en su clase inaugural, en 1922, menciona que:

[Soca] supo contagiar por simpatía, a los que lo rodeaban, su entusiasmo por la medicina, entusiasmo en él nunca desmentido, entusiasmo más fuerte aún que la vida; en efecto, en los últimos meses de su vida, en que ya la cruel enfermedad que debía vencerlo minaba su organismo, lo veíamos llegar a la clínica con toda puntualidad, disimulando a veces con una sonrisa sus crueles sufrimientos físicos, pero lo veíamos entusiasta, tratando de poner al día puntos fundamentales de clínica, instándonos para completar tal o cual capítulo, contento por haber podido, cinco días antes de morir, puesto punto casi final a su estudio sobre asistolías, trabajo que no quiso fuera publicado porque aún le faltaban ciertos pequeños retoques.

No podemos saber cuál era *la cruel enfermedad que debía vencerlo*, pero resulta evidente que padecía una enfermedad que Dighiero califica productora de *cruels sufrimientos físicos*. Tema que podrá ser ampliado en ulteriores investigaciones.

Héctor Homero Muiños, Soca y Dighiero

Como ha escrito Washington Buño, en su biografía de Muiños:¹³

El comienzo fue, pues, la designación de Jefe Adjunto de Clínica Médica; luego, del 1° de marzo de 1920 hasta el 28 de febrero de 1923 Jefe de Clínica Médica titular. El 29 de marzo de 1922 fallece Soca. En agosto de 1922 es nombrado Asistente de la Clínica Médica del Prof. Dighiero. El Dr. Juan C. Dighiero, discípulo predilecto de Soca, le sucedió en su clínica pero por poco tiempo, ya que falleció el 19 de julio de 1923. Las rápidas muertes sucesivas de Soca y Dighiero tuvieron, sin duda, muy profunda influencia sobre el porvenir del joven médico que iniciaba, en forma tan promisorio, su carrera profesional y académica. En lo profesional lo hicieron, inevitablemente, heredero de las importantes clientelas de ambos profesores. Debió así multiplicar su actividad profesional y se incrementaron seguramente de modo importante sus responsabilidades como médico. Desde el punto de vista académico, debe haber sido un duro golpe. La clínica a la que pertenecía se desintegró; su personal se dispersó por diferentes servicios y Muiños debió haber sentido orfandad y desorientación al tener que integrarse a otro servicio ya constituido con sus cuadros armados y con modalidades diferentes. En las estructuras tradicionales y rígidas de la Facultad, no tener respaldo académico de clínica alguna debió haber conspirado seriamente contra las perspectivas de Muiños de hacer una carrera profesoral.

13 BUÑO, Washington: Héctor Homero Muiños (1888-1971). En: <https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/muinos.pdf>

ANTECEDENTES ACADÉMICOS

I

Actuación en la guerra civil de 1904

El 15 de mayo de 1904 el Batallón de Guardias Nacionales le remite el Oficio No. 327, que dice:

Montevideo, Mayo 15/904.

Sr. D. Juan Carlos Dighiero

Me es grato comunicar a Vd. que en fecha de ayer, se ha resuelto nombrarlo practicante, agregado á este Batallón.

Saluda á Vd. Atte.

(Firmado) Osvaldo Acosta

II

Profesor Agregado de Medicina

Con fecha 22 de abril de 1908, el Rector de la Universidad remite la siguiente nota:

Señor Doctor Don Juan C. Dighiero.

Comunico á Vd. que el Poder Ejecutivo, con fecha 11 del corriente, ha aprobado su nombramiento para el cargo de profesor Agregado de Medicina, en la Facultad de Medicina, con carácter de interino y con el sueldo que le asigna la ley de Presupuesto.

Saludo á Vd. atentamente.

Pablo De María

J. A. Ramírez

III

Catedrático titular de Patología Médica (1912)

Por oficio 4213 fechado el 20 de mayo de 1913, el Decano Manuel Quintela informa:

Montevideo, Mayo 20 de 1913

Sr. Dr. Dn Juan C. Dighiero.

Comunico á Vd. que el P. E. con fecha 2 del corriente resolvió aprobar la propuesta formulada por el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina á favor de Ud para desempeñar en propiedad el cargo de Catedrático de Patología Médica.

Lo que tengo el agrado de llevar á conocimiento de Ud. á quien saludo atentamente.

B. del Campo
Secretario

Manuel Quintela
Decano

IV

Pedido de informe para memoria del Decanato

Nota No. 4647

Montevideo, Diciembre 27 de 1913.

Señor Profesor de Patología Médica.

Doctor Don Juan Carlos Dighiero.

Deseando este Decanato confeccionar una Memoria, que contendrá una breve reseña histórica de la Facultad de Medicina, desde su fundación hasta la fecha, á fin de hacer conocer al país y al extranjero, el estado actual de la enseñanza que ha alcanzado la Facultad, solicito del Sr. Profesor, quiera contribuir al mejor éxito de esta obra, exponiendo en resumen su programa é indique el procedimiento de enseñanza de la asignatura de que es profesor.

Agradezco desde ya la molestia que ocasionará tal pedido y aprovecho la oportunidad para saludar a Ud. atentamente.

Pizzorno Scarone
Secretario

Manuel Quintela
Decano

La enseñanza de la Patología Médica

Consiguientemente con el pedido formulado por el Decano Quintela, se transcribe lo informado por Juan Carlos Dighiero, que figura en la Memoria del Decanato:¹⁴

Patología Médica a cargo del Profesor Doctor Juan Carlos Dighiero¹⁵

El método de enseñanza de la Patología Médica se basa en la idea fundamental de hacer de dicha materia un estudio lo más práctico posible.

El curso se dicta en la “Sala Argerich” del Hospital Maciel, puesta á nuestra disposición por el Profesor doctor F. Soca.

Se estudian siempre sistemática y metódicamente los distintos grupos de enfermedades en que se ha dividido la Patología.

14 QUINTELA, Manuel: La Facultad de Medicina de Montevideo 1875 – 1915. Memoria presentada por el Decano Doctor Manuel Quintela, Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo. Tipografía Moderna. Cerrito 601-603, 1915, pp.: 430-431.

15 Dighiero tenía a su cargo una cátedra de Patología Médica, mientras la otra cátedra estaba a cargo del profesor Dr. Carlos Brito Foresti.

En cada grupo se empieza siempre por un capítulo general que comprende: Anatomía, Histología, Fisiología, Etiología General, Patogenia, Métodos de Explicación, Grandes Síndromas, Diagnóstico Funcional y Diagnóstico general y luego se estudian las distintas afecciones.

Las explicaciones, se trata que sean lo más demostrativas posibles, usando siempre que sea posible, láminas, esquemas, preparaciones anatómicas, preparaciones microscópicas, proyecciones luminosas, etc., y sobre todo presentando enfermos y tratando de mostrar en ellos los principales síntomas estudiados y de hacer las exploraciones necesarias.

Las explicaciones en general se trata de que sean breves, insistiendo sobre todo en *síntomas* y *diagnóstico*, tratando siempre de demostrar la Patogenia de cada síntoma y de hacer resaltar su valor diagnóstico; evitando las grandes discusiones teóricas en la creencia que en muchos casos son más nocivas que útiles, tratando en los casos muy discutidos de plantear el problema y esbozar las principales soluciones propuestas.

A más de las explicaciones, se interroga de tiempo en tiempo a los alumnos, tratando de interrogarles en presencia de enfermos, ejercitándolos sobre todo en método de exploración, en investigación de síntomas, en diagnóstico funcional y diagnóstico diferencial.

La Patología Médica actualmente no dispone de material propio, la enseñanza se hace con el material abundante de los Clínicos, esperamos, sin embargo, poseer pronto material propio y un pequeño servicio hospitalario.

El estudio se hace en dos años, comprendiendo el primer año, el estudio de las enfermedades: *Infecciosas, del aparato Circulatorio, Respiratorio, Hígado, Bazo y Riñón*, y el segundo año las enfermedades del Sistema Nervioso, Tubo Digestivo, Sangre y glándulas vasculares sanguíneas y de la Nutrición.

V

Designación suplencia de Francisco Soca

Oficio 816/1921

Montevideo, Junio 12 de 1921

Señor Profesor Dr. Juan Carlos Dighiero.

Me es grato comunicar á Vd. que, - habiendo el Consejo Directivo concedido seis meses de licencia al Profesor de Clínica Médica, Dr. Francisco Soca -, fue designado Vd. para reemplazarlo, durante ese término.

Saludo á Vd., muy atentamente.

Pizzorno Scarone

Secretario

Manuel Quintela

Decano

VI

Su designación como Profesor de Clínica Médica

Cuando ocurre la muerte de Francisco Soca, el 29 de marzo de 1922, apenas dos días después, el Decano Manuel Quintela le envía una nota del siguiente tenor:

(Nota manuscrita del propio Decano Manuel Quintela)

Mont. Marzo 31/1922

Sr. Dr. J. C. Dighiero

Mi querido amigo: Quiero hablar con Ud. respecto á la Clínica Médica – Lo espero el lunes en la Facultad entre 4 y 6 de la tarde ó en mi casa y en mi consultorio cuando Ud. quiera.

Con el cariño de siempre le estrecha la mano de amigo

Manuel Quintela

Al parecer Quintela quiso darle un toque personal a la misiva, testando el cargo de decano de la hoja membretada que utilizó para la comunicación. Pero el propio lenguaje empleado habla del afecto y la clara

decisión para encarar la nueva etapa, luego de la muerte del maestro. (Ver ANEXO).

El 22 de abril el Consejo de Facultad de Medicina designa a Dighiero como Profesor de Clínica Médica, lo que queda patentizado en la siguiente comunicación:

VII

Opción de ocupar Cátedra de Francisco Soca, vacante

Oficio No. 2729/1922

Montevideo, Marzo 31 de 1922

Señor Profesor de Patología Médica. Doctor Juan C.

Dighiero

Vacante, - por fallecimiento del Doctor Francisco Soca -, el cargo de Profesor de Clínica Médica, de acuerdo con lo establecido en los artículos 19 y 22 del Reglamento de cátedras de 29 de Julio de 1915 consulto á Ud. si aspira á ser trasladado á dicha cátedra, á fin de – en caso afirmativo – someterlo al Consejo.

El plazo para que Ud. haga esa manifestación expira – de acuerdo con el reglamento citado – el sábado próximo, 8 de Abril á las 11 horas.

Saludo á Ud., muy atentamente.

Manuel Quintela
Decano

Pizzorno Scarone
Secretario

VIII

Oficio No. 3038/1922

Montevideo, Abril 28 de 1922

Señor Profesor Doctor Don Juan C. Dighiero

Me es grato comunicar á Ud. á sus efectos, que el Consejo Directivo resolvió proponerle al Poder Ejecutivo como Profesor de Clínica Médica

– con cargo al Presupuesto interno – en el Servicio que tenía á su cargo hasta ahora el Doctor Lussich.

Saludo á Ud., atentamente,

Manuel Quintela
Decano

Pizzorno Scarone
Secretario

IX

Consulta por Clínica Semiológica

Oficio 3064/1922

Montevideo, Mayo 8 de 1922

Señor Profesor de Clínica Médica, Doctor Juan C.

Dighiero

El Consejo Directivo de esta Facultad, resolvió la transformación de la Clínica Semiológica en Clínica Médica. De acuerdo con esa resolución la enseñanza de la Clínica Semiológica deberá hacerse en los Servicios de Clínica Médica.

Con ese motivo consulto á Ud. si desea dictar dicho curso directamente ó si prefiere que esa tarea sea encomendada á alguna persona adscripta á la Clínica á su cargo, - rogándole quiera, en este último caso, indicarme á quien podría ser confiada.

Saludo á Ud., muy atentamente,

Manuel Quintela
Decano

Pizzorno Scarone
Secretario

X

Creación de la cuarta Cátedra de Clínica Médica

Oficio No. 4233/1922

Montevideo, Agosto 8 de 1922.

Señor Profesor Dr. Dn. Juan C. Dighiero

Para su conocimiento y demás efectos, tengo el agrado de transcribir a Vd. el siguiente decreto del Consejo Nacional de Administración:

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.- Montevideo, Julio 27 de 1922.- VISTA: - LA PRECEDENTE NOTA DEL SEÑOR Decano de la Facultad de Medicina comunicando que el Consejo Directivo de la misma resolvió crear una cuarta Clínica Médica, designando profesor de ella al profesor actual de Patología Médica, doctor Juan C. Dighiero.-

ATENTO: - que la creación de dicha Clínica la fundamenta el Consejo referido en el número extraordinario de estudiantes de esa asignatura que hace imposible la práctica indispensable, de un modo especialísimo, para los estudiantes que aspiran á un ejercicio profesional del cual la clínica médica con la quirúrgica son la base esencial.- ATENTO: - LA EXPUESTA POR LA Contaduría General de la Nación en su precedente informe y á que el Consejo Central Universitario, al elevar este asunto á conocimiento del Ministerio de Instrucción Pública, lo ha hecho con informe favorable.- EL CONSEJO NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN.- RESUELVE: 1º. Créase en la Facultad de Medicina, con carácter de honoraria, - la 4ª. Clínica Médica.- 2º. Encargar honorariamente el desempeño de dicha Clínica, por el término de quince días, de acuerdo con lo dispuesto en el decreto de 5 de Mayo p.pdo., al propuesto doctor Juan C. Dighiero.- Comuníquese, etc.- Por el Consejo: CAMPISTEGUY.- RODOLFO MEZZERA.”

Saludo á Vd., muy atentamente.

Manuel Quintela
Decano

Pizzorno Scarone
Secretario

XI

Oficio 4711/1923

Montevideo, Mayo 26 de 1923.

Señor Profesor Dr. Juan C. Dighiero.

El Consejo Directivo, - en sesión de 24 del corriente -, al aceptar la renuncia presentada por Vd, - resolvió agradecerle los importantes

servicios prestados á la Facultad en el cargo de Miembro del Consejo, como representante de los PROFESORES.

Me complace en trasmitir á Vd. el agradecimiento expresado,-y me reitero de Vd., muy atentamente.

Manuel Quintela
Decano

Pizzorno Scarone
Secretario

XII

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Rectoría

Oficio 1177

Montevideo, junio 14 de 1923.-

Señor Doctor Don Juan Carlos Dighiero.

Tengo el agrado de comunicar a Vd. que, en la elección realizada ayer en la Facultad de Medicina, con objeto de integrar el Consejo Directivo de la misma, resultó usted electo miembro del expresado Consejo, en representación de los profesores.-

Saludo a Vd. muy atentamente.

Elías Regules
Andrés Pacheco

DIGHIERO PROFESOR: SUS CLASES INAUGURALES

Es de jerarquía recoger lo que fueron sus clases inaugurales, que marcan etapas fundamentales de la trayectoria docente, que se transcriben a continuación, la primera como profesor de Patología Médica, en 1912, y como profesor de Clínica Médica, en 1922.

Lección inaugural de la Cátedra de Patología Médica - 1912¹⁶

La Patología Interna es la rama de las Ciencias Médicas que tiene por objeto el estudio de las enfermedades internas, es decir de las enfermedades susceptibles de ser curadas o modificadas por los medicamentos.

Esta definición de la Patología interna debemos decir desde ya que a pesar de ser la clásica no llena todos los atributos de una buena definición; es decir no delimita bien la ciencia que quiere definir, en efecto día a día los progresos crecientes de la cirugía hace que esta invada los dominios de la Patología Interna y muchas enfermedades que hace pocos años aun se consideraban exclusivamente del dominio de la Patología Médica hoy son esencialmente quirúrgicas y su descripción se encuentra tanto en los Tratados de Patología Interna como en los Tratados de Patología Externa, por citar algunos ejemplos recordaremos las enfermedades del estómago, hígado, etc.; esto nos debe indicar que la Medicina

16 Transcripción realizada del manuscrito fotocopiado entregado por la Dra. Graciela Dighiero Arrarte.

no es una ciencia aislada con límites bien definidos y fácil de encerrar en una definición general; por el contrario debemos considerarla como una ciencia vastísima confinando e invadiendo en sus límites a las otras ramas de las ciencias médicas marchando junta y estrechamente vinculada a la patología quirúrgica sorprendiendo enfermedades en su comienzo y entregándolos al cirujano, por otra parte la cirugía sorprendiendo las afecciones en sus comienzos permite dominar en ciertos casos el mecanismo íntimo de muchas enfermedades prestando así servicios incalculables a la Medicina; lo que ha permitido decir a H. Kehr “todo lo que se puede aprender en una laparotomía no se aprende ni en 20 autopsias ni en 100 observaciones clínicas minuciosas”.

Aceptando pues que la **Patología Interna o Médica** es una ciencia sin límites, debemos concluir que su dominio absoluto es superior a la que la inteligencia humana puede abarcar, pero si su dominio absoluto lo consideramos imposible creemos que se puede llegar a tener nociones generales lo suficientemente amplias que nos pongan en condiciones de resolver en cualquier momento los más complejos problemas que nos puede poner a la Patología los complejos (~~palabr~~) hechos de la clínica.

Si quisiéramos compendiar nuestro modo de concebir la Patología Interna diríamos “Es la ciencia que estudia todas las enfermedades médicas y de los confines médico quirúrgicos y los procedimientos y métodos generales que puedan permitirnos en un momento determinado resolver los hechos observados en la clínica”.

* * *

La característica de la Patología Interna en el siglo XX es de haberse desvinculado de todas las teorías filosóficas que por siglos y siglos obstaculizaron su avance y buscando bases más sólidas e incommovibles hallarlas en la **observación clínica** y la **experimentación**.

Una rápida mirada retrospectiva de la Medicina que nos permite elevarnos de sus orígenes hasta nuestros días nos muestra etapa por etapa la marcha de una ciencia que ha tenido que vencer obstáculos inauditos que ha tenido que demoler en siglos ideas teóricas edificadas en pocos años que ha tenido que luchar con supersticiones y prejuicios conservados y cultivados con verdadera pasión e intransigencia.

La veríamos en sus orígenes revestir un carácter eminentemente religioso, reduciéndose a invocaciones y conjuraciones a los dioses; tener sus sacerdotes y sus templos famosos, cuyas ruinas aún se pueden admirar; tenemos que llegar hasta la época de Hipócrates (460 aC) para verla perder algo de este carácter misterioso y elevarse a **ciencia de observación**; en efecto muchas de las descripciones sintomáticas que dejó Hipócrates se citan aún como modelo por su sentido y brevedad; Hipócrates dejó también una doctrina la del “**Humorismo**” que dominó por muchos siglos en los estudios médicos con Galeno (160) la doctrina de Hipócrates se complica aún más pero la medicina tiene ya a una nueva conquista a la **experimentación** parece en efecto haber sido Galeno el primer experimentador, el primero que trató de reproducir experimentalmente en los animales las afecciones observadas en el hombre; Collet en una brillante lección de Patología General dice: “Veneremos a Hipócrates como padre de la medicina; pero admiremos a Galeno anatomista y fisiólogo y precursor de la medicina experimental; pues, este avance de un hombre sobre su siglo ¿no es acaso una de las características del genio?

Después de Galeno vemos un largo período de siglos en que sus teorías dominan casi en absoluto, sus doctrinas son enseñadas e indiscutidas propagadas sobre todo por los médicos Árabes quienes la obtienen de los médicos Sirios y Judíos y la propagan en Europa, son los Averröes, Avenzohar y sobre todo el famoso Canon de Avicena.

Es recién al fin de la edad media que vemos desligarse a nuestra ciencia de las teorías más o menos complejas existentes hasta entonces, que vemos crearse los primeros anfiteatros de autopsias, lentamente los conocimientos anatómicos van adquiriendo mayor vigor, la fisiología va siendo más conocida **Harvey** descubre la circulación los fenómenos biológicos mismos van siendo más conocidos; pero es recién en los principios del siglo XIX en que vemos la ciencia médica hacer prodigiosas conquistas, en que vemos a las distintas ramas de la medicina alcanzar un alto grado de perfección, si a pesar de todo se hace un balance de los conocimientos del principio del siglo pasado y los conocimientos del fin del siglo actual nos quedamos asombrados del inmenso camino recorrido de la rapidez con que se han ido sucediendo los descubrimientos de la perfección que han alcanzado los métodos de investigación y el vigor científico adquirido, veremos todo ese camino marcado con nombres de sabios distinguidos, Anatomistas, Fisiólogos, Anátomo-Patólogos, Biólogos, Clínicos,

Bacteriólogos, etc.... Y tenemos entonces el hermoso ejemplo de nuestra actual medicina.

Ciencia independiente, desvinculada en absoluto de todo prejuicio y de toda teoría basada de lleno en la observación, tratando de reproducir experimentalmente los hechos observados luchando indefensamente en busca de la verdad penetrando en los más complejos fenómenos de la vida aun cuando sepan que la vida misma no será estudiada sino en la materia muerta; y por una singular coincidencia volvemos a las épocas de sus orígenes en efecto entonces la Ciencia **Médica** estaba en manos de sacerdotes y tenía sus famosos templos hoy la Ciencia Médica tiene también sus Templos, pero en vez de ser templos elevados a los dioses son Templos elevados a la Ciencia y al estudio de la Verdad y se llaman Facultades y sus sacerdotes son los **Médicos**.

Al asumir la Cátedra de Clínica Médica¹⁷

Mayo 10 de 1922

Esta Clínica que se inaugura hoy, está destinada por el personal que congrega, a continuar la ruda labor del que fue nuestro maestro, el Profesor doctor F. Soca. En su última inauguración de cursos, sintetizaba el doctor Soca el programa de su “Escuela Argerich” en las siguientes palabras. “Trabajar será nuestra bandera, trabajar con el enfermo, salir del enfermo para volver al enfermo”.

Escuela eminentemente práctica, alejada un tanto de las grandes discusiones académicas, basada en la observación severa y rigurosa de los hechos, inspirada en ese gran libro inagotable que es el eterno libro en continua evolución, pero siempre verdadero.

Fue el Profesor Soca un verdadero maestro; como todos los maestros, lleno de fe en su ciencia, consciente de su aprender, en continua evolución, adaptando a su vasta experiencia las nuevas conquistas de la ciencia; precursor como los maestros, de muchas ideas, pero fue sobre todo maestro por el entusiasmo, el desinterés, la generosidad en trans-

17 El autor de este trabajo ha tenido a la vista el manuscrito fotocopiado facilitado por la Dra. Graciela Dighiero Arrarte, que sin duda fue el borrador para la elaboración del discurso. Dicha pieza fue luego publicada en su formato definitivo en *Anales de la Facultad de Medicina*, Tomo VII, Montevideo, Imprenta artística, de Dornaleche Hermanos, 1922 (con retrato), 8 páginas.

mitir sus conocimientos, en ofrecer ampliamente el fruto de sus años de estudio y de trabajo.

Supo contagiar por simpatía, a los que lo rodeaban, su entusiasmo por la medicina, entusiasmo en él nunca desmentido, entusiasmo más fuerte aún que la vida; en efecto, en los últimos meses de su vida, en que ya la cruel enfermedad que debía vencerlo minaba su organismo, lo veíamos llegar a la clínica con toda puntualidad, disimulando a veces con una sonrisa sus crueles sufrimientos físicos, pero lo veíamos entusiasta, tratando de poner al día puntos fundamentales de clínica, instándonos para completar tal o cual capítulo, contento por haber podido, cinco días antes de morir, puesto punto casi final a su estudio sobre asistolías, trabajo que no quiso fuera publicado porque aún le faltaban ciertos pequeños retoques.

Así fue toda su vida: un continuo afán de perfección, una continua lucha hacia la verdad, que es la que constituye el ideal, la belleza, en medicina.

No sería tarea fácil analizar su labor en sus treinta años de profesorado de clínica, puesto que nos llevaría a estudiar la evolución de la medicina en ese mismo período, que ha sido el más fecundo de todos los habidos; en la historia de las ciencias médicas hay dos períodos semejantes, tal vez, a los períodos en que se divide la historia de la humanidad: anterior a Cristo y posterior a éste, anterior a los descubrimientos de Pasteur y posterior a aquéllos.

Período empírico el primero, que había dado ya sus grandes frutos, período en el cual dominan la fineza de observación, la sagacidad clínica, el arte de la medicina, si se quiere, período en el cual brillan grandes clínicos, grandes observadores, pero, en fin, período empírico. Período de rigor científico el segundo, período de experimentación, período fecundo en deducciones higiénicas, profilácticas y terapéuticas, que ha hecho dar a la medicina en estos últimos 40 años el más asombroso, el más prodigioso adelanto que recuerde su historia.

Es en los albores de este período que le toca actuar al doctor F. Soca.

Las enfermedades infecciosas se hacen comprensibles, el laboratorio busca, aísla, los gérmenes de muchas enfermedades, consigue reproducir experimentalmente muchos de ellos, lo que la sagacidad de los clínicos había sospechado el laboratorio lo confirma, el laboratorio se vincula

definitivamente a la clínica, la experimentación en animales hace comprensible muchos hechos de patología humana.

La sala Argerich fue de los primeros servicios del Hospital en tener su pequeño laboratorio, modesto, donde gente de buena voluntad puso sus conocimientos al servicio de la Clínica.

Conocemos todos el rol fundamental, capital, que desempeña hoy el laboratorio como auxiliar, como control, como complemento de la clínica, y, en muchos casos, como único medio de llegar al conocimiento del agente etiológico de las enfermedades.

Todos los grandes descubrimientos desfilan en sus lecciones con su justo valor. Exámenes citológicos, exámenes serológicos, etc.; pero como buen clínico, cree que en los casos dudosos es siempre la clínica que debe dar su fallo definitivo.

Los rayos X, descubrimiento de fundamental importancia que llegan pronto a crear una nueva ciencia, la Radiología, lo encuentran desde el primer momento entre sus más entusiastas preconizadores. Recordamos aún las primeras radioscopías en un aparato improvisado de la Facultad de Medicina y el entusiasmo con que veía un nuevo instrumento de precisión unido a la clínica.

Entusiasta por todos los descubrimientos modernos, creía siempre en la superioridad absoluta de la buena clínica, y es allí donde despliega todas las brillantes modalidades de su inteligencia.

En cardiopatología se puede decir que fue un precursor; en su clínica se nos enseñó siempre a encarar los problemas circulatorios desde el punto de vista funcional. Detrás de los factores etiológicos, detrás de las lesiones anatómicas está la suficiencia o la insuficiencia cardíaca. Descubrir la etiología es curar en algunos casos, descubrir la insuficiencia cardíaca es mejorarla casi siempre y curarla muchas veces. Insuficiencias cardíacas, parciales o totales, asistolías, anginas de pecho en todas sus formas, son, para sus discípulos, puntos conocidos a fondo, como era conocida a fondo su terapéutica.

La desintoxicación, sangrías, purgantes, dieta, teobromina, digitalina, estrofantó: esas eran sus armas, armas fieles, de precisión, que casi siempre le permitían el triunfo.

La sangría era uno de sus recursos preferidos: sangrías abundantes, hechas en toda forma y condiciones, valientemente, sin vacilación; raro

será el discípulo que no recuerde, no uno, sino varios enfermos agonizantes vueltos a la vida por una generosa sangría.

Las afecciones hepáticas, la litiasis, sobre todo, la dispepsia de origen biliar. El quiste hidático del hígado simulando la litiasis, fueron objeto de interesantes trabajos.

En sífilis, uno de los puntos que con más cariño abordaba, un verdadero precursor del tratamiento intensivo. Recordamos, aun cuando externo de su clínica, por el año 1904, tratábamos diariamente a los enfermos con los famosos 4 miligramos de biyoduro, obteniendo éxitos brillantes, pero no suficientes, indicó la necesidad de aumentar las dosis y nos hacía aumentar a las dosis increíbles de 3, 4, 5, 6 u 8 centigramos diarios, y entonces sí se veían las verdaderas resurrecciones. Dieulafoy, en una de sus brillantes clínicas de 1908, con su lenguaje descriptivo, indicaba como novedad la necesidad de llegar a dosis de 3 a 4 centigramos diarios. Poco después, el Salvarsán y el Neo Salvarsán lo encuentran desde el primer momento entre sus más entusiastas propagandistas; pero se llega a convencer de que aun eso no basta, que a la sífilis hay que tratar, tratar intensamente, sin descanso, esterilizar al enfermo, y allí está la base de la profilaxia.

El Asma da lugar a uno de sus más útiles trabajos, descubre los asma frustas y estudia sus relaciones con la tuberculosis.

La Tuberculosis es motivo de sus preocupaciones; escépticos en tratamiento, salvo en la sobrealimentación y en los buenos efectos de la cura de aire en nuestra campaña, ve en el Forlanini el único medio eficaz para curar, curar hasta cierto punto.

Entusiasta por la Neuropatología, se inicia con su notable trabajo sobre la enfermedad de Friedreich; discípulo de Charcot, hacía revivir en su clínica algunas de sus horas pasadas en la Salpêtrière.

Enseña a tratar el tabes, a no abandonar a los enfermos a su suerte, a detener la enfermedad y oponerle a su avance una barrera infranqueable de Mercuriales o Arsenicales. Enseña la necesidad de despistar las meningitis sifilíticas. Estudia a fondo las hemorragias meníngeas y ventriculares. Descubre las parálisis radicales de las muletas. Estudia el sueño en los tumores cerebrales.

Conocedor del alma humana, de sus grietas, por las cuales se infiltra el desaliento, la desmoralización, el derrumbe de la personalidad psíquica y moral, derrumbe funcional, puesto que no hay lesión orgánica,

inspirado en Déjerine, practica con su autoridad y con la persuasión sobria de su palabra de sabio, la Psicoterapia.

Las enfermedades del esófago, los procesos de cáncer del esófago, las dispepsias, las úlceras del estómago y duodeno son objeto de interesantes lecciones; el tratamiento de la úlcera con el bismuto es una de sus más útiles enseñanzas.

Médico en el fondo, pero convencido de la enorme utilidad del consorcio médico quirúrgico, tiene la agilidad suficiente para indicar el momento de detener la terapéutica médica y llegar a la intervención; planteó siempre con gran claridad los problemas médico quirúrgicos; en apendicitis tal vez fue de los primeros médicos intervencionistas en todo momento.

Sobrio en terapéutica, inspirado en el famoso aforismo “Primum non nocere”, enseñó a manejar pocos medicamentos, pero esos pocos medicamentos los enseñó a manejar con coraje, sin vacilaciones, hasta obtener de ellos el efecto deseado.

Sus lecciones eran todas ellas un modelo por la sencillez y precisión de la exposición, por la habilidad en hacer resaltar los síntomas dominantes; lo veíamos elevarse de la buena semiología al síndrome dominante, del síndrome a la lesión anatómica, del diagnóstico anatómico a la síntesis clínica y finalmente a la etiología.

Su lenguaje descriptivo, lleno de imágenes que dejaban un recuerdo imborrable, ¿quién no recuerda sus clásicas descripciones de la angina de pecho; el angustioso cuadro del enfermo inmovilizado por el dolor, reflejada en su facies la angustia, el terror, el presentimiento de una muerte próxima, la llegada del médico, el rápido diagnóstico y la fulminante terapéutica, la sangría hecha como fuera posible; con bisturí, con navaja, con Gillette, con serrucho, si fuera necesario?; sus descripciones del concierto asmático, sus sombrías descripciones del paralítico general, de esa personalidad que disuelve, sus lecciones sobre las máscaras de las enfermedades, etc.

Tal es el maestro de quien, en unión con un grupo entusiasta de discípulos, nos toca la penosa y cariñosa misión de continuar su obra: penosa misión, pues lo hubiésemos deseado tener aún con nosotros muchos años, para que nos siguiera inspirando con sus consejos; cariñosa misión, pues trataremos de dar forma, de continuar uno de sus caros ideales, hacer continuar a su “Escuela Argerich” como el más sentido homenaje a su memoria.



Clase inaugural en el Hospital Maciel, 10 de mayo de 1922. En primera fila, el Decano Dr. Manuel Quintela, a su derecha el Dr. Héctor Homero Muños, a su izquierda el Prof. Dr. Juan Carlos Dighiero.

Sabemos bien que el Profesor Soca es irremplazable, pero algo nos ha dejado, y es sobre todo el amor al estudio y el entusiasmo por la medicina y la fe en su Escuela.

Recojamos, pues, todos sus discípulos la bandera caída, y trataremos, y lo prometemos todos, de mantenerla a la altura que él la dejó.

Señores: a nombre de todos, muchas gracias. ¡A trabajar!

Algunas notas de saludo por su designación como Profesor de Clínica Médica

Entre los saludos que recibió, decenas de telegramas, notas y tarjetas, desde todos los rincones del país, de parte de colegas, viejos compañeros y reconocidos pacientes, hasta cartas o tarjetas de antiguos profesores de la Facultad, que son muestra clara del aprecio y satisfacción que produjo en los más amplios sectores la designación de Juan Carlos Dighiero como Profesor de Clínica Médica, se ha seleccionado unos pocos pero significativos:

Prof. Dr. José Scoseria

Montevideo, Mayo 10/922

Señor Dn. Juan Carlos Dighiero

Presente

Mi estimado Dr y amigo:

Fue mi intención hacerle una visita en su consultorio con el objeto de unir mi humilde felicitación a las muchas que habrá Ud. recibido, con motivo de su nombramiento de Profesor de Clínica Médica; pero el temor de restarle algunos minutos á sus múltiples ocupaciones, me obligan a hacerlo por medio de estas líneas.

La Facultad de Medicina no pudo estar más acertada que designándole a Ud. para esa clínica, en la que, por méritos propios, será un digno sucesor del gran Maestro, el siempre llorado Dr. Fco Soca.

Yo, que soy uno de los muchos que gozan de perfecta salud, debido única y exclusivamente á su asistencia médica, siento la más grande satisfacción por su triunfo, y con ese motivo, le envío un fuerte abrazo de verdadero amigo que le estará siempre agradecido por las atenciones recibidas.

Suyo affmo y S. S.
José Scoseria

Prof. Dr. Luis Morquio

Cuareim, 1330

Mayo 11/922

Estimado colega y amigo:

Me entero por los diarios de hoy, que ayer inauguró Ud. la Clínica Médica en carácter de Profesor titular.

Lamento no haberlo sabido, porque ello me ha privado del placer de acompañarlo en ese acto.

De todas maneras, mis felicitaciones, y mis votos por el éxito y prosperidad de su enseñanza.

Luis Morquio

Prof. Dr. Augusto Turenne

Mayo 10

Dn Juan C. Dighiero

Mi estimado colega:

Siento verdadera satisfacción en adherirme a la demostración de que es ud. objeto hoy.

El profesorado clínico – ambición suprema de los que a la enseñanza dedicamos nuestros entusiasmos – es un permanente acicate de actividad que no hace sino acentuar las características personales del médico y del docente.

Cuando ellas son relevantes, como en su caso, se satisface el anhelo de los que deseamos para la Facultad el ascenso de los mejores.

Que vea ud. colmadas sus aspiraciones en el nuevo cargo deséale

Su afmo
Augusto Turenne

Dr. Rafael Schiaffino

Sarandí 283

Jueves 11

Querido Dighiero:

He visto con la mayor simpatía tu designación para el cargo de Profesor de la nueva Clínica Médica y hubiera sido para mí un placer el haber podido concurrir a la ceremonia de la toma de posesión. Solo por una obligación ineludible me vi privado de hacerlo y de haberte podido dar un abrazo en el momento en que llegabas á realizar la más alta aspiración de tu carrera de Clínico.

Dálo por recibido en estas líneas, con el afecto de una amistad vieja y nunca desmentida, y con el augurio de nuevos tiempos en la enseñanza, en la senda marcada por el viejo y sentido maestro Soca.

Despídese como siempre tu amigo

R. Schiaffino

Telegrama del Dr. José Lino Amorin (Salto)

Doctor Juan Carlos Dighiero

Mercedes 922 – Mvdeo

Salto

Ausente de esta no me ha sido posible saludarlo felicitándolo por su nueva actuación profesional uno pues la mía a las muchas justas que ha recibido

José Lino Amorin

Dr. Roberto Jorge Bouton
(Santa Clara de Olimar, Treinta y Tres)

Médico – Cirujano – Partero

Pueblo Olimar, Mayo 15 de 1922

Dn Juan Carlos Dighiero

Montevideo

Querido Dighiero:

Estuve en Montevideo tres días y hubiera deseado verte para felicitarte por el nombramiento de Profesor de Clínica Médica, y darte un abrazo, la mañana del 10 que inaugurabas tu Clínica, rodeado de todos los Profesores, Médicos y Estudiantes, que demostraban su regocijo, por tu gran éxito, mas esa misma mañana se hacía consulta para resolver si se operaba o no á mi sobrino, el mayorcito de Claramunt. Va pues desde acá mi fuerte abrazo.

Además, deseaba hablarte sobre la cuenta de Don José Saravia¹⁸ que siempre me pide te escriba pidiéndotela. Mándala a Larrañaga No. 347.-

Y con otro abrazo se despide tu viejo amigo

R. J. Bouton

18 José Saravia, dueño de la Estancia “La Ternera”, en Treinta y Tres, donde en 1929 se halló muerta a su esposa, Jacinta Correa, el 28 de abril de 1929. Famoso porque fue absuelto por un Jurado (el último que actuó en Uruguay) en 1937. Véase: <https://www.elobservador.com.uy/nota/el-crimen-que-enterro-a-la-justicia-ciudadana--2017922500>

LA MUERTE DE JUAN CARLOS DIGHIERO

El fallecimiento del Prof. Dr. Juan Carlos Dighiero produjo hondas repercusiones en la sociedad, expresándose a través de diversas manifestaciones, algunas de las cuales se conservan y transcriben seguidamente. Se trata de los discursos fúnebres pronunciados en su sepelio, y las expresiones vertidas en la prensa escrita de la época.

Discurso del Rector de la Universidad, Dr. Elías Regules Uriarte en el sepelio de Juan Carlos Dighiero (20 de julio de 1923)

Sres.:

Si el cerebro sólo vibra para segregar ideas, deslizaría su acción sobre el mecanismo ajustado de su engranaje, sin anomalías, sin pausas, sin sacudimientos. Pero, incorporada a su fisiología la recepción sensitiva de impresiones, que lo estimulan, o que lo deprimen, está expuesto al vaivén azaroso de la emoción variante, con guirnaldas de rosas que decoran la magestad [sic] del horizonte o con crespones melancólicos que visten el camino, entre acentuadas expansiones de tristeza.

Nuestras horas actuales llevan la huella de esta última nube. Hay que afrontar la muerte, como artículo incorregible en el Código de la vida, sin que esto impida, de manera alguna, que, producido el hecho, tenga

como consecuencia inevitable una herida intensa de la porción delicada que tiembla siempre, cuando la guadaña del desastre secciona el esplendor de una existencia rozagante, levantada en la masa sobre base segura de admiraciones y de afectos.

No caben análisis ni apreciaciones compensadoras. La reflexión es fría, la sensación es cálida. La irradiación del fuego destruye los derechos de la nieve y triunfa el valor térmico sobre las serenas conclusiones de la mente. No hay silogismos capaces de agotar las agitaciones del sentimiento; y quizás resulte racional y piadoso dejarlas extenderse, en toda su amplitud, por naturales, por elevadas, por necesarias, por espontáneas, por ser las razones solubles en el raudal del lamento.

En tal virtud, tendríamos la facultad libérrima de la congoja, sin escuchar artificiosas combinaciones de consuelo. Pero es que, en nuestro caso, la investigación tranquila del suceso, en vez de presentar caracteres de cicatriz, aumenta la profundidad de la lesión, toca más hondamente el desgarrar del nervio y apura el tinte de negrura que ha empapado la función más excelsa de la entidad orgánica.

Nuestro muerto fue un maestro. No un maestro, en la vulgaridad de ocupar el cargo y servirlo con la languidez e inconciencia del que pasa displicente por un puesto; fue un maestro en el concepto preciso del cometido, con bagaje, con aptitudes de dirección, con voluntad de trabajo. Su copiosa ilustración lo habilitaba para transmitir la verdad depurada, sin extremos innecesarios y fatigosos, con el claro fin de entregar lo que llevase timbre de exacto y de útil. Clarovidente en las conclusiones de sus juicios, era un dominado por el aforismo de que nada está tan bien en la inteligencia como lo que penetra por los sentidos; y así procuró objetivar, desde la cátedra teórica, su enseñanza, llevando sus alumnos a recojer [sic] en los infortunios del hospital la seguridad de los conocimientos anotados en los libros. Más tarde, cuando su propio volumen lo colocó en la Clínica, ratificó su anterior criterio e hizo que la observación fuera la conductora del que investiga, parto socrático que ofrecería rumbo seguro en las adquisiciones del que aprende.

Nuestro muerto fue un médico. Lo son todos los habilitados suficientemente para formular diagnóstico y prescribir tratamiento, con franca percepción de alteraciones, justo estudio de síntesis unificadora y noción indiscutible de atender al enfermo, como hecho circunscrito, olvidando

la enfermedad como concepción abstracta. Todo esto figuraba en el caudal del Dr. Dighiero.

Pero no es médico completo el que sólo sabe y hace, manejando al paciente en calidad de objeto destinado a estudio y a reparación, y cavilando con preferencia en el más seguro recurso para dejar a salvo su renombre. De poco serviría la medicina, tan nebulosa y desarmada, si a esto se redujera la misión de los que aspiran a curar. El médico debe ser algo más que un sabio, debe ser un corregidor de desalientos y sembrador de energías, debe ofrecer el medicamento moral que aminore ansiedades y conduzca al incurable, saturándolo de sosiego y de esperanza, sin esparcir angustias en contorno, hasta el instante postrero, en que su rol termine con la última contracción de los ventrículos. Hay que impulsar al corazón enfermo con las mejores palpitaciones de otro corazón sano.

Y así fue el Dr. Dighiero. Nacido con glóbulos de equilibrado, con arrogante pergamino de noble, supo perfeccionar su título, al emplearlo para el ejercicio, prodigando en su recetario la fórmula del aliento, aún a riesgo de reservas sobre su brillantez, con el satisfactorio triunfo de que sus enfermos ingresaban luego en la dilatada nómina de sus firmes y reconocidos amigos.

Nuestro muerto fue un caballero. Así vino y así se fue. Su pasaje no deja sino elogios y vinculaciones porque su alma dulce, repleta de atavismos infantiles, fue tierra estéril para la ortiga del rencor y suelo fértil para las esencias del amor y del bien.

Sencillo en sus exteriorizaciones, aunque talentoso en su meditación, se despedía de algunos profesores, con motivo de su viaje a Europa, manifestándoles que quedaba grato a los conocimientos de ellos recojidos [sic], pero principalmente a los consejos que le habían enseñado a ser hombre; y él entendía por hombre más la sinceridad y el altruismo que la riqueza de sabiduría. Y fue hombre, fue abierto, fue generoso, fue compasivo. Sus pupilas se enturbiaban fácilmente ante la emoción y la desgracia, sin propósitos de exhibicionismo ni de prestigio solicitado por la ficción.

Tuvo la pena del dolor ajeno y supo contemplarlo, en forma silenciosa, con el único fin de rebajarlo, en nombre de una satisfacción gentil. Pidiendo el anónimo, que hoy puedo revelarlo, me mandaba dinero para repartirlo entre los pobres socorridos por una institución que tengo el honor de dirigir; y hace pocos días, uno de sus vástagos me presentaba

un seguro de vida que su desventurada madre había encontrado, por valor de muchos centenares, y que tenía en el dorso esta filantrópica anotación: Para repartir entre las viudas con hijos menores de la Sociedad Cristóbal Colón, el día de mi entierro. J. C. Dighiero. Así viven y así mueren los ejemplares de razas superiores.

No hay mal necesario, ha dicho un pensador inglés. No aumentemos, pues, el acíbar con mayores consideraciones. Lo producido es irreparable y dejemos que la sucesión de los momentos amortigüe el efecto. Indudablemente, hay dos vidas: la que concluye con la inhumación y la que empieza y perdura en el recuerdo. Por las zahumadoras [sic] emanaciones de la primera, abramos grande y sentida la segunda, aceptando este acto, no como una despedida a la materia que se modifica, sino como un saludo afectuoso a la memoria que nace y que sabremos robustecer con el riego fecundo de nuestro respeto y de nuestro cariño.

Elías Regules

Discurso en el sepelio del Dr. Juan Carlos Dighiero por Héctor Homero Muños¹⁹

*“Le mystère de la destinée nous enveloppe
tout entiers dans ses puissants arcanes,
et il faut vraiment ne penser à rien
pour ne pas ressentir cruellement la
tragique absurdité de vivre.” - France,*

“Le jardin d’Épiqueure”.

La Facultad de Medicina de Montevideo está nuevamente de duelo. Uno de sus más ilustres profesores de Clínica Médica, el doctor Juan Carlos Dighiero, fallecido el 19 de Julio pasado, acaba de dejar un terrible claro en las filas ya raleadas por la desaparición del profesor Soca. El doctor Dighiero, vinculado a la enseñanza por 15 años de ininterrumpida actuación profesoral en la cátedra de Patología Médica y en la Clínica Médica, había llegado, por privilegio de un talento extraordinario,

¹⁹ Fallecimiento del Profesor doctor Juan Carlos Dighiero + 19 de julio de 1923. *Anales de la Facultad de Medicina*, Tomo VIII. Nros. 7 y 8 – Julio y Agosto de 1923, pp. 619-624. (Del Fondo Documental Graciela Dighiero Arrarte).

a honrar a la Facultad que lo vio formar: razón tiene la Facultad para estar de duelo.

Alto, fornido, en la plenitud de una vida sana y fuerte; simpático, comunicativo, dotado de voz clara y de palabra fácil, Dighiero, que acababa de pasar los 40 años, conquistaba de entrada. Sumamente jovial, con un optimismo célebre desde sus años de estudiante, había conservado, con la integridad de un carácter de excepción, la virginidad de una alegría que las preocupaciones de la vida no habían logrado nublar. Con su eterna sonrisa afectuosa, con un chiste a flor de labio, con un ademán cariñoso siempre pronto a exteriorizar un afecto, Dighiero suprimía distancias y se transformaba en la persona más accesible a solicitudes que jamás faltaban y a las que raramente decía que no. Inalterable en su bonhomía, no lo rendía el trabajo ni lo agriaba la lucha. Su clientela inmensa, que usó y abusó de él sin reatos, sabe que sólo una cosa hubo comparable a su condescendencia, y fue su legendario desinterés. Si hubiera que concretar la virtud dominante en aquel carácter sereno y sin repliegues, la Bondad lo definiría. Era un hombre bueno. Bueno, con una nobleza que irradiaba y seducía; bueno hasta la increíble abnegación, hasta el casi absurdo don de sí mismo; bueno en todos los instantes de una existencia en la que no pueden hacerse divisiones artificiales: hay una maravillosa unidad en su vida luminosa y recta. No conoció la atracción del zigzag. El hombre, el médico, el profesor, el amigo se confundían armoniosamente en el troquel de un carácter único y definitivo.

* * *

Dighiero, médico, había escalado en pocos años una situación prominente. A los 42 años, un puesto de absolutamente primera fila en Montevideo, es indicio seguro de altas calidades. Dighiero las poseía pródigamente. Discípulo , - el primero, - de Soca, a quien había acompañado como jefe de clínica y como asistente en los años de esplendor, había desenvuelto junto al gran maestro una personalidad de tan enérgico relieve, que el viejo clínico de Argerich declaraba, al embarcarse por última vez para Europa, su orgullo al dejar una escuela que prolongaría la vibración de su fuerte impulso y con un jefe de fila como el doctor Dighiero...

Lo que la profética autoridad de Soca consagraba así públicamente, era una cosa adquirida. La carrera médica de Dighiero fue ascendente e irresistible. Tenía todo el caudal que se aprende en los libros junto a la riqueza de un talento todo espontaneidad y todo nitidez. Clínico hasta la punta de las uñas, como el maestro, tenía esa sagacidad que no da el estudio ni siquiera el ejercicio continuado de la profesión, rara calidad instintiva que individualiza los grandes temperamentos médicos de excepción; golpe de vista instantáneo, que una disciplina médica prodigiosa auxiliaba con los datos de un examen impecable. No se puede, cuando se habla de Dighiero, dejar de insistir sobre este su extraordinario sentido clínico, especie de sexto sentido que lo orientaba con certidumbre raramente desmentida y que una educación médica rigurosa había afinado al extremo. Era así, por encima de todo, un gran clínico, y lo era por la penetración, por la serenidad, por el método, por el equilibrio. Porque todas sus altas facultades estaban, como en nadie, sometidas al enérgico contralor de una ponderación que quizás constituía la arista dominante de su genio médico. Era la discreción más rara, la medida más perfecta, la prudencia más inteligente quien ponía en su criterio una nota invariable y personal. No conoció la embriaguez de los “emballéments” tendenciosos y falaces: un increíble poder frenador subordinó siempre sus opiniones al rigor de un análisis clarividente.

El clínico, el admirable clínico, dominaba en su robusta personalidad médica. Pero su preparación teórica era de primera agua. Catorce años dictando la cátedra de Patología Interna le habían dado una erudición disciplinada y honda, que reforzaba sus estupendas condiciones naturales. Sólo que, - y aquí aparecía su ejemplar equilibrio, - Dighiero disimulaba su intensa preparación de estudioso tras una de sus virtudes cardinales: la sencillez. Su genio, enemigo tenaz de todos los exhibicionismos y de todas las aparatosidades, le impedía sacar a relucir su erudición como muestrario de joyería. En sus clases, pasaba, deslumbradora, toda su experiencia honrada y honda de la medicina. Algún gran nombre favorito, Merklen, Vaquez, Chauffard, ponía un chispazo en la exposición. Y nada más. Porque además de sencillo y modesto y honesto y sincero, Dighiero era un magnífico profesor. Conocía el valor de la concisión. Tenía el secreto de las síntesis geniales. Poseía el don de enseñar.

* * *

Y era en su clínica diaria donde culminaban sus eximias cualidades. A la muerte de Soca, la opinión unánime, dentro y fuera de la Facultad, señaló la ascensión de Dighiero a la clínica como un imperativo. Nadie, al verle iniciar sus cursos, que prolongaban, - tal era la mente y la conciencia de todos, - los del gran maestro desaparecido, nadie hubiera presumido que Dighiero iba a abandonar, por una inverosímil crueldad del destino, la bandera que levantara con todo su entusiasmo y toda su fe...

En la clínica, no hizo sino confirmar lo ya evidenciado.

Todo su talento de médico y todo su saber de internista, admirablemente fusionados, presididos por su esencial ponderación y dirigidos por su incomparable sentido pedagógico, hacían de sus clases modelos de precisión y de nitidez. Y ahí están el año universitario de 1922 y el primer semestre de 1923, para mostrar la intensidad de las simpatías estudiantiles, traducidas en una asistencia maciza a sus admirables cursos. Con Dighiero se aprendía, y se aprendía medicina honrada y útil. Eso lo sabía todo el Hospital.

Médico completo, ecléctico y multiforme, descollaba sobre todo en sus clases de patología cardíaca y renal; clases cien veces repetidas, eran cien clases netamente distintas, de tal manera daba forma a lecciones que eran un prodigio de construcción y de armonía. Y eran lecciones siempre improvisadas, porque dentro de la simplicidad característica del maestro, le repugnaba hacer esas lecciones laboriosas que trasudan afanasas lecturas recientes; nunca se descubría en sus disertaciones, claras y prácticas, el hilo que une las partes descosidas de un discurso penosamente zurcido en el silencio de la biblioteca... Todo en él era espontaneidad. Y maravillaba seguir paso a paso su pensamiento, ordenando sus lecciones con un privilegiado sentido de la simetría, sin que jamás una frondosidad inútil hiciera peligrar la armonía de un modelo de transparencia y de precisión. Nunca la ostentación o la vanidad le soplaron pérfidamente, el deseo de anteponer al interés del estudiante el lucimiento personal. Y no fue, ciertamente, la menor de sus incomparables condiciones de gran Profesor.

* * *

Y toda esa bella vida ejemplar, asombrosa por la limpidez, deslumbrante por la irradiación, admirable por el empuje, única por la armonía, se trunca en el momento en que todo culminaba en el perfeccionamiento de una intensa, de una hondísima personalidad. Desde la cumbre donde llegara, recién iba a iniciar Dighiero la etapa segunda de su vida, descansando en la altura tras la ágil marcha vencedora de la primera y fatigosa jornada. Dighiero, que acababa de afirmar enérgica e imperativa su inconfundible figura de Maestro, llegaba, con todo ese prestigio, al período del recogimiento, de la madurez, de la producción. Segado en plena juventud, jamás, como ahora, el viejo símil de la columna tronchada ha tenido tan cruel verdad...

La vida de Dighiero es una de la más claras y puras que puedan ensalzarse. Hombre bueno, hombre sencillo, puso su sencillez y su bondad como lema de una vida sin tacha. Su carrera es el modelo insuperable de cómo, en nuestras democracias mercantilizadas y decadentes, se puede aún triunfar ampliamente a base de honestidad y de encarnizada rectitud. Médico incomparable, profesor eximio, pasó por la vida sembrando simpatías, derrochando afectos, consolando tristezas. Sobre su tumba, como ninguna prematuramente abierta, el nombre de Juan Carlos Dighiero será como un símbolo donde se hermanen, en no igualado consorcio, la Ciencia y el Bien.

H. H. Muiños.

Discurso de Hernán Artucio en el sepelio de Juan Carlos Dighiero²⁰

El doctor Dighiero ha muerto.

Presidente de la Sociedad de Medicina, Profesor de Clínica Médica, Consejero de la Facultad de Medicina, fue una de las figuras más brillantes de nuestro Cuerpo Médico.

Pocas veces la desaparición de un hombre ha sido tan sinceramente lamentada. Y con toda razón. El doctor Dighiero poseía condiciones que excepcionalmente se encuentran reunidas en un hombre y que hicieron de él uno de nuestros primeros profesores, un médico distinguidísimo y un amigo sincero y abnegado.

20 Publicado en la Revista Médica, pp.293-296. Conservadas por la Dra. Graciela Dighiero Arrarte.

Su talento, su gran preparación, su bondad sin límites, lo convirtieron en el elemento necesario allí donde había un mal que curar o un dolor que mitigar. Y nunca se golpeó en vano a su puerta.

Tuvo la concepción exacta de cuál es el rol del médico en la sociedad. Comprendió la enorme responsabilidad que trae consigo nuestro oficio, responsabilidad en desacuerdo siempre con las compensaciones que ofrece. Por eso se dio todo entero a los demás, sin pensar en sí mismo. El médico, como el soldado, decía a menudo, debe morir en el campo de batalla. El año pasado fue llamado a presidir la Sociedad de Medicina y a formar parte del Comité de esta Revista. Su paso por la primera se señaló por una serie de reuniones brillantes. Allí, su palabra fue oída siempre con placer. Inspirada en la verdad y en la experiencia, daba en todos los casos la nota justa.

Iniciado en la Medicina junto a aquel hombre eminente que fue el profesor Soca, supo comprenderlo y muy pronto fue su alumno predilecto. Y debió ser así porque nunca un discípulo fue tan digno de su maestro. Jefe de Clínica del profesor Soca, cautivó a varias generaciones de estudiantes con su enseñanza sencilla, precisa y bondadosa. Profesor de Patología Interna, marca una etapa en dicha cátedra. Todos los que tuvieron la suerte de oírlo, recuerdan con admiración sus lecciones desprovistas de todo aparato, de toda erudición libresca, pero llenas de experiencia, claridad y sinceridad. Durante diez o doce años ocupó la cátedra de Patología Interna y durante ese tiempo su prestigio se acrecentó de más en más. Pero, la clase teórica no le impidió continuar siendo un asiduo concurrente a la clínica de su maestro. Él sabía que el médico no se hace en el gabinete, sino junto a la cama del enfermo. Comprendió que nada vale la erudición si no ha sido filtrada a través de la experiencia.

En varias ocasiones tuvo que reemplazar al doctor Soca en sus ausencias, y podemos afirmar que la cátedra del gran maestro estuvo en estos casos bien ocupada.

La reputación de clínico creció con el tiempo y cuando se produjo el fallecimiento del Príncipe de nuestra Medicina, todos lo señalaron como el único capaz de reemplazarlo. Comprendiéndolo así el Consejo de la Facultad, y no pudiendo el doctor Dighiero pasar directamente al Servicio del maestro por razones de orden reglamentario, se creó la cuarta Clínica Médica y se le designó para ocuparla. Todos esperaban que el

profesor Dighiero sería el digno continuador de la enseñanza de Soca. Y fue así. Pocos profesores de clínica se habrán visto rodeados de mayores simpatías desde el comienzo de su actuación, como el doctor Dighiero. La toma de posesión de la cátedra fue una verdadera consagración. La sala fue chica para contener a sus admiradores que quisieron testimoniarle su afecto.

Apenas desempeñó un año la clínica médica y la huella que ha dejado no se borrará jamás. Su enseñanza, inspirada en la de su maestro, fue, sin embargo, completamente original. Su modo de hacer la clínica le era absolutamente propio. Huía de las grandes lecciones, que chocaban su modestia, y además sabía que esas grandes lecciones no sirven sino para lucimiento del profesor.

Minucioso en el interrogatorio, enseñaba a sus alumnos que una buena anamnesis es la mitad de un buen diagnóstico. Era un semiólogo avezado. Percutía como Piorry y auscultaba como Potain. Encaraba los enfermos con una celeridad sorprendente, y luego en pocas palabras fundaba su diagnóstico. Su terapéutica era sencilla, como debe ser la de todo médico moderno.

Llamaba la atención de sus alumnos la facilidad con que abordaba los más variados temas de la medicina, sin preparación previa. Pero sus amores estaban del lado de la patología cardio-renal. Es difícil que se pueda poseer ese capítulo de la medicina de manera más sólida que como la poseía el doctor Dighiero. Conocía todos los misteriosos resortes del corazón, de que nos hablaba Soca. La hipertensión arterial, la azoemia, la cloruremia, dieron motivos a magníficas lecciones. Al oírlo se tenía la impresión de que había vivido todo lo que decía. Y efectivamente, todo lo había visto.

La gripe fue el objeto de sus últimas lecciones. Él conocía bien todas las traiciones de esta terrible enfermedad. Él sabía que a veces apenas toca y otras veces mata.

Por eso, cuando cayó víctima de ella se entregó con resignación. Conocía muy bien a su enemiga, y se sintió vencido desde el primer momento. Conocemos, decía, estas formas de gripe.

Cuando todos lo creían atacado de un malestar pasajero, él ya había hecho su pronóstico fatal. El gran clínico tuvo ocasión de lucirse por última vez.

Viéndose perdido, esperó la muerte con resignación heroica y se preparó serenamente para el gran viaje. No se le oyó una protesta contra su destino. Y había razones para protestar.

La sinceridad absoluta, completa, sin ninguna reserva y en todos los momentos, era uno de los rasgos predominantes del carácter de Dighiero. Y esto, nosotros médicos, sabemos el valor inmenso que tiene. Su gran bondad, la piedad infinita por el que sufre, no lo abandonaron un momento en toda su carrera.

La vida de Dighiero fue de una intensidad raramente alcanzada. La cátedra y los enfermos le absorbían todo su tiempo. Pero, eso no le impedía que se ocupara de su propia cultura. Y todos los que han visitado su biblioteca han visto a los grandes maestros de la medicina frente a los grandes maestros del arte. Poseía una cultura exquisita, que muchos ignoraban porque nunca hacía alarde de ella.

¡Pérdida irreparable se dice siempre frente a un muerto! En este caso se dice la verdad. La Sociedad de Medicina pierde uno de sus hijos de elección, la Facultad de Medicina una de sus columnas de sostén y las jóvenes generaciones un guía seguro.

Tal es el hombre que perdimos. Hombre tipo, cuya vida debe servir de modelo a la juventud de nuestro país.

Dr. Hernán Artucio

Repercusiones en la Prensa de la muerte de Juan Carlos Dighiero

Aviso fúnebre

Dr. Juan Carlos Dighiero

Q.E.P.D.

Falleció en la Paz del Señor el 18 de julio de 1923

Su esposa, María Josefina Urioste; sus hijos: Juan Carlos, Jorge, María Josefina, Alberto, Margarita, Santos Carlos y Adela; su madre, Rosa S. de Dighiero; su madre política, Adela L. de Urioste; sus hermanos Rosaura D. de Pérsico, Mario Rómulo, Ítalo, Margarita y María Elena; sus hermanos políticos, tíos, sobrinos y demás deudos participan su deceso y su sepelio efectuado ayer. **Empresa José Rossi y Compañía.**

EL PLATA – 19 de julio 1923

EL Dr. DIGHIERO MURIÓ HOY

Un duelo para la población montevideana y un desastre para mucha gente; tal la trascendencia que tiene la muerte del doctor Juan Carlos Dighiero, acaecida en la mañana de hoy, cuando más grande era la expectativa para el desarrollo de su enfermedad y cuando con más fuerza se asía al corazón la esperanza de que habría de salvar del tremendo trance esta personalidad, una de las más útiles y de las más nobles figuras del ambiente.

Muy pocos días hace que el doctor Dighiero – una gran reputación médica a pesar de su juventud cayó inesperadamente enfermo, pero sólo tres ó cuatro días han sido tiempo sobrado para que creciera al punto de ser enorme la expectativa que se formó alrededor del proceso, breve y brutal, de la enfermedad que ha concluido con un hombre de personalidad de excepción. Queda descontado, en consecuencia, que en la hora presente, en que sin necesidad de ser transmitida por los diarios se ha difundido por toda la ciudad la noticia de la muerte de Dighiero, en muchas casas, en la intimidad de numerosos hogares, es un momento de duelo irreparable.

Estaba Dighiero dotado generosamente por la Naturaleza; generosamente dotado por la naturaleza en lo físico, en lo moral y en lo intelectual. Puede decirse de él que no reunía más que buenas condiciones y eso mismo no sólo hace más dolorosa su muerte sino que jamás pudo haber hecho pensar en su desaparición. Tan ilógica, tan fuera de la realidad, tan brutal resultaba esta idea.

El doctor Juan Carlos Dighiero, que era a pesar de no contar más que cuarenta años, una notabilidad médica, fue de los pocos médicos que realizaron sus estudios en nuestra Universidad, que no se alejaron de ella nunca y que jamás han abandonado el país. Sin embargo, sin que él saliera más allá de las fronteras nacionales, su nombre había llegado ya a los principales centros científicos de Europa.

EL PLATA adhiere por este intermedio al dolor que en todos provoca la terrible pérdida.

EL BIEN PÚBLICO, 20 de julio 1923

La muerte del doctor Juan Carlos Dighiero, cuya noticia se extendió ayer de mañana por la ciudad, causó en todos los círculos un sentimiento hondo de dolor. La triste sorpresa que había experimentado nuestra sociedad al saber que el doctor Dighiero estaba gravemente enfermo, se convertía rápidamente, en breves días, en una nota más intensa ante la realidad definitiva e irremediable.

Juan Carlos Dighiero, como ayer Gilberto Regules, llegó al final de su vida después de haber conquistado, con total justicia, en plena juventud, renombre y fama que sólo se adquieren, habitualmente, a una hora mucho más alta en la existencia.

En el medio puramente científico, y más allá, en el círculo más extendido de la sociedad, Dighiero era un valor positivo, una personalidad respetada, un médico de cuya sabiduría se hablaba ya, desde hace años, en comentarios y conversaciones. Y esa ascensión certera en el concepto de las gentes, fue conquistada, palmo a palmo, desde temprano, gracias a la plenitud del esfuerzo feliz y a la profunda realidad de su valer intrínseco y de su afán acendrado por el estudio y por la ciencia.

Cuando la gran figura de Soca dejó vacante una de las cátedras de Clínica Médica, se pensó en designar para una de esas cátedras a un médico de verdadero talento que garantizara el nivel en que esos cargos se mantienen. Y la designación recayó, con general aplauso y beneplácito de todos, en el doctor Dighiero, que regenteaba su cátedra hasta hoy.

Cuánto pierde el mundo científico nacional, y cuánto pierde la sociedad entera con la desaparición de este médico joven, que era ya una realidad madura y plena, es sencillamente incalculable. La muerte de ese médico en quien se aunaron las más eminentes condiciones del clínico con las más delicadas dotes del corazón, significa, en verdad, una de esas pérdidas que la sociedad no puede reparar, y que es justicia lamentar profunda y bien dolorosamente.

EL DÍA – Jueves 19 de julio de 1923

UNA GRAN PÉRDIDA PARA LA MEDICINA NACIONAL

Ha fallecido hoy el Dr. Dighiero

Esta mañana, pasada la hora nueve falleció el doctor Juan Carlos Dighiero. La dolorosa nueva consterna el espíritu tanto más cuanto que la traidora dolencia que nos ha llevado a la más brillante figura médica que se perfilaba entre los jóvenes, como destinada a suceder a los grandes maestros, esa traidora dolencia amagó dos veces con asestar el golpe definitivo y dejó entrever luego una esperanza de salvación para frustrarla hoy, sin remedio y para siempre.

Era el doctor Dighiero no solo un excepcional hombre de ciencia y un profesional ya consagrado en primera fila, sino también un espíritu bondadoso para quien las asperezas de la vida pasaban sin alterar en lo mínimo esa gran característica suya.

No sufrió el embate de las pasiones políticas, ni la causa pública le atrajo en luchas ajenas al ejercicio de la medicina al cual hallábase entregado desde hace varios lustros prestando a los pacientes, sin retaceos, el benéfico influjo de su ciencia y de sus actividades.

¿No fue extraño quizá a la derrota de su organismo ante el asalto de la enfermedad, esa entrega sin límites al cumplimiento del deber profesional que es duro, por cierto, cuando las múltiples exigencias de que se ven rodeados los que en la medicina descuellan, se atienden sin reposo. Quizás tanta prodigalidad de energías agotó las reservas de ese organismo sin que su propia juventud lo denunciara a tiempo y en la hora de la terrible lucha contra la muerte, cuando llamó a sí todas las fuerzas orgánicas para defender su propia vida, hallóse impotente para salvar su existencia, por haber dado de sí, excesivamente, en la obra generosa de salvar a los demás.

* * *

El doctor Dighiero nació en el año 1880, cumpliendo 43 años de edad el 12 de Junio [julio] día en que hizo cama atacado de la enfermedad que le ha llevado a la tumba.

Se graduó en medicina en el año 1906, en cuya época partió para Europa ingresando en las clínicas de Francia y Alemania.

Regresó a esta capital en 1908, iniciando su vida profesional como jefe de clínica médica del doctor Soca. Fue profesor de Patología Interna en el año 1912, cuya cátedra obtuvo por concurso.

Haciendo un paréntesis a sus actividades profesionales, en 1913, estuvo una temporada en Europa visitando las principales clínicas del viejo mundo.

Actualmente el doctor Dighiero, era profesor de clínica médica, en reemplazo de su viejo maestro el eminente doctor Soca, cátedra que desempeñaba desde el año 1922.

Era también miembro del Consejo en la Facultad de Medicina y Presidente de la Sociedad de Medicina de Montevideo.

El doctor Dighiero falleció a la hora 9 de hoy, siendo su médico de cabecera el doctor Urioste.

* * *

La noticia de su deceso circuló rápidamente, acudiendo en seguida a la casa mortuoria, gran número de sus amigos. Vimos a los doctores: Américo Ricaldoni, Manuel Quintela, Domingo Arena, José Scoseria, F. de los Reyes Pena, Máximo Halty, Manuel B. Nieto, A. M. Bargo, Miguel Argenzio, Joaquín Caldeiro, Rodolfo Mezzera, A. Mezzera, Martín Lasala, Alfredo J. Cuñarro, Eduardo Biraben, Vicente de la Torre, Ventura Darder, Francisco Ameglio, W. Williams Bocage, José Salgado, Enrique Puig, Martín Berinduague, Arturo Lussich, Abelardo Sáenz, Luis G. Murguía, Antonio J. Oliveres, Miguel Ameglio, Aquiles Di Lorenzo, Carlos García Acevedo, Manuel Líbano, Manuel T. Lorenzo, Guillermo Risso, Antonio S. Viana, P. Scremini, Eugenio Bruel, Juan J. Sanguinetti, Humberto Segundo, José M. Carvallido, Pedro Nicola, Raúl Rodríguez, Juan Antonio Regules, Agustín Cardozo, J. Escuder Núñez, Manuel Acosta y Lara, Luis Morquío, José Irureta Goyena, Alfredo Gianetto, Pablo Fontaina, Fernando Acosta y Lara, Alfredo Pérsico, J. Cópola, Eduardo Sáez, Mario Ruvertoni, Antonio Seré, Horacio Piaggio Garzón, y muchos otros.

El sepelio de los restos del doctor Dighiero se efectuó hoy a la hora 15.

EL TELÉGRAFO – Julio 19 de 1923

Fallecimiento del Dr. Dighiero

Una verdadera pérdida nacional

La población de Montevideo fue sorprendida hoy por la dolorosa nueva del fallecimiento del doctor Juan Carlos Dighiero.

Desde hacía días la prensa metropolitana venía dando cuenta de las alternativas de la enfermedad que tenía postrado al ilustre facultativo. Se trasparentaba en la calidez de los sueltos, una admiración y un cariño nada comunes, pero explicables, sabiéndose que se trataba de uno de los prohombres de nuestra ciencia médica.

El lamentable deceso ocurrió esta mañana, un poco antes de las 9. Estaban el médico de cabecera, doctor Urioste y otros compañeros de clínica.

En rigor, puede decirse que todos los médicos de la clínica han rodeado el lecho del paciente apenas conocida la gravedad del estado. Pero la ciencia fue impotente esta vez - ¡como tantas otras! – para combatir la aguda dolencia.

* * *

Lamentamos no tener el tiempo ni ánimo para hacer la silueta de este hombre admirable, a quien nosotros – y tantos otros – han de deberle parte de su felicidad.

Porque llegar hasta él era sentirse captado por aquel rostro amplio y risueño todo bondad, donde los ojos resplandecían penetradores.

Sus exámenes concienzudos infundían una confianza ilimitada en el paciente.

Sabía mucho, y sin proponérselo él, daba al enfermo la sensación cabal de su omnisciencia. Sus pronósticos nadie los discutía.

Si mucho supuso siempre el facultativo, el caballero y el jefe de familia no le iban en zaga. De origen modesto, el triunfo no fue para él sino una nueva y más dolorosa obligación.

* * *

Apenas circuló la noticia de la muerte, la casa del doctor Dighiero se llenó de médicos.

Salíamos nosotros, a las 9.13, y ya estaban en la puerta comentando el doloroso suceso, el decano [rector] de la Universidad, doctor Elías Regules, el decano de la Facultad de Medicina, doctor Manuel Quintela, y el consejero nacional, doctor Alfonso Lamas.

* * *

Fue este otro caso impresionante, tan impresionante como la muerte espartana del doctor Soca, que dijo al doctor Blanco Acevedo un día:

- Es inútil. Usted no puede conseguir que mi mal reaccione.

Y vio sereno llegar la Muerte.

El doctor Juan Carlos Dighiero, también, hace cuatro días, comprobando la existencia de una toxemia, dijo al doctor José Pedro Urioste, y demás compañeros que le cuidaban:

- Mi muerte es cosa de horas, de días a lo sumo. No se preocupen tanto.

Y llamó a su esposa, dándole consejos de toda índole y dictó su voluntad postrera. Los tres días últimos han sido de agonía. Al final, la intoxicación, le había privado de conocimiento. En estas condiciones se ha extinguido la noble y generosa existencia del doctor Dighiero.

¿Quién dijo que el temporal le costaba millones a Montevideo?... Le cuesta más; le cuesta, lo que no puede calcularse, a todo el país.

Le cuesta la muerte de esa pura gloria que era el doctor Dighiero.

El lunes – ese lunes trágico, que nadie olvidará – el doctor Dighiero tenía descompuesto su automóvil.

Estaba Dighiero acatarrado como siempre – con su bronquitis asmática crónica – y fue, bajo la lluvia, caminando hasta hallar un taxímetro.

Con ese vehículo hizo sus visitas. Mojado siempre, trabajó todo el día, ante la gravedad de algunos de sus enfermos.

Y de ahí provino la bronconeumonía que le ha llevado a la tumba.

Deja, como decimos al principio siete hijos: el mayor de 13 años, el menor de 4. La impresión que se recibe en la casa en luto, es conturbadora.

Miles de personas han desfilado esta mañana por allí.

* * *

Los doctores Morquio y Turenne en nombre del Club Médico y del Sindicato Médico de cuyas C. D. el ilustre muerto formaba parte – ofrecieron a los deudos el local social para velar en él al compañero caído.

La familia agradeció el homenaje declinándolo por la hora establecida para el sepelio.

REUNIÓN MÉDICA DEL “HOSPITAL PASTEUR”

Esta Sociedad Científica que debía celebrar su sesión ordinaria hoy, resolvió suspenderla con motivo del fallecimiento del doctor Dighiero.

LA MAÑANA – 20 de julio de 1923

Dr. Juan Carlos Dighiero

Las alternativas de mejoría y agravación que durante algunos días señalaron la terrible dolencia que aquejaba al doctor Juan Carlos Dighiero, tuvieron ayer término fatal.

El país ha perdido así un hombre de poderosa inteligencia, y de abnegado corazón. Desde su vida estudiantil, jalonada por los más tenaces esfuerzos en busca de una cultura científica que rebosó por lo intensa y

lo fecunda, y por una alegría que se tradujo siempre en un optimismo contagioso y pronto para mostrar sin reservas todo lo mejor del espíritu, hasta el ejercicio profesional, lleno de triunfos y colmado de abnegaciones tan espontáneas como modestas el doctor Dighiero recogió a su paso amistad, estima, consideraciones y admiración legítimamente ganadas.

Descolló entre una fuerte generación por sus nobles prendas y ya su talento robusto había alcanzado la madurez consagratoria.

Por eso su muerte ha causado un hondo y general sentimiento de pena evidenciado durante la enfermedad y después del deceso.

Para nuestra agrupación la muerte del doctor Dighiero constituye la pérdida de un decidido correligionario. Aunque nunca actuó en los clubs, absorbidas todas sus dedicaciones por la labor profesional, era un afiliado consecuente del riverismo y su voto de ciudadano honró en todas las oportunidades los candidatos de nuestras listas.

* * *

Nació el doctor Dighiero en Montevideo el 12 de Julio de 1880. Graduado en Medicina en el año de 1906 realizó un largo viaje de estudio, concurriendo a las más famosas clínicas de Francia y Alemania, siendo nombrado a su retorno al país, en el año 1908, Jefe de Clínica del profesor Soca.

En 1912 obtuvo a concurso la cátedra de Patología Interna y en 1922 el cargo de profesor de Clínica de Medicina, vacante producida por fallecimiento del profesor Francisco Soca, de quien el extinto, fue el discípulo preferido.

Actualmente, además de los cargos de índole puramente científica que señalamos, era el doctor Dighiero, Presidente de la Sociedad de Medicina y miembro del Consejo de la Facultad de Medicina.

* * *

El entierro, que se realizó ayer a las 3 p.m.; a las pocas horas de conocerse el sensible deceso del doctor Dighiero, fue una elocuente demos-

tración del grande afecto y simpatías que supo granjearse en vida, por su bondad, su inteligencia y relevantes dotes personales, el malogrado hombre de ciencias.

Gran concurrencia asistió al acto, acompañando hasta su última morada los restos del extinto, a pesar de que la triste noticia no se hubiera esparcido en forma que diera lugar a que el acto fuera una verdadera manifestación de dolor popular.

Homenaje de la Sociedad de Cirugía

La Comisión Directiva de la Sociedad de Cirugía ha decidido suspender su sesión anunciada para mañana sábado y aplazarla para el mismo día de la próxima semana, solidarizándose en tal forma al duelo ocasionado por la sensible pérdida del distinguido profesor de Clínica Médica Dr. Juan Carlos Dighiero.- La secretaría.

Homenaje de la A. Pública [Asistencia Pública Nacional, APN]

En la sesión que celebró ayer el Consejo Directivo de la A. Pública se resolvió adherir al duelo que ha provocado la sensible muerte del doctor Dighiero y al efecto dispuso que se pasara nota de pésame a la familia de aquél y que una de las salas de Medicina del hospital Pasteur fuera designada con el nombre del malogrado facultativo.

Repercusión en la prensa médica

Con motivo de la muerte de Juan Carlos Dighiero, tanto el *Boletín del Sindicato Médico del Uruguay*, como en *El Estudiante Libre*, órgano de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, cuyas portadas a la triste noticia, que se reproducen más abajo. En el número siguiente del citado *Boletín*, reproduce el discurso fúnebre del Rector Dr. Elías Regules, que se ha transcribo más arriba.

El Estudiante Libre

Periódico Quincenal

ORGANO OFICIAL DE LA "ASOCIACION DE LOS ESTUDIANTES DE MEDICINA"

Número 38

Dirección: Juan F. Pizarro
Secretaría de Redacción: Lorenzo S. Novillo
Administración: María J. Costa

MONTEVIDEO, AGOSTO 1.º DE 1923

Precio del ejemplar: \$ 0,02

Redacción y Administración: "Asociación de los Estudiantes de Medicina"
ENIGUERV. 276 - Teléfono: 3251 - Central

Dr. JUAN C. DIGHIERO

Aún bajo la dolorosa impresión que provocara en nosotros el fallecimiento del Dr. Dighiero, nuestro periódico, expresando el pesar que afecta a toda la masa estudiantil, abre sus páginas primeras con su modesta ofrenda al querido maestro, chido en el cumplimiento de la sagrada misión que con tanta dignidad desempeñaba.

No es nuestro propósito hacer la detallada biografía del llorado extinto; no tendrían lugar en ella las más admirables de las condiciones que lo adornaban y que hicieron que atrajera hacia sí en el curso de su desgraciadamente corta vida, el cariño intenso y respetuoso de todos los que pudieron valorar su bondad inmensa y su nobleza de carácter.

Todos aquellos que en la clínica siguieron sus imponderables lecciones, recordarán eternamente, el gesto suave y bondadoso, la paciencia inagotable y el amor a su misión que lo caracterizaban y lamentarán siempre la irreparable pérdida del maestro que les fuera arrebatado en la plenitud de sus fuerzas, en una dolorosa venganza que se tomara la muerte de quien tantas veces supo vencerla.



Siempre fué el Dr. Dighiero para la juventud estudiosa, una figura respetable por sus inmensos valores intelectuales y morales; por eso fué hondo el dolor que produjo en ella el deceso del maestro y será imperecedero su recuerdo.

La inesperada noticia de su muerte, puso en los rostros de los estudiantes el sello de la más profunda consternación, y al recibir la ingrata nueva surgió a los labios temblorosos la protesta del corazón angustiado, es unánime «no puede ser»; y es que el espíritu se defendía de una pena demasiado grande con un reflejo de incredulidad.

Pero, desgraciadamente, el maestro, sabio y bondadoso nos había abandonado y hay por ello luto en nuestros corazones.

Sean estas breves líneas la expresión de nuestro profundo sentimiento por la muerte del inolvidable maestro y un tributo modesto al que ocupará siempre un lugar predilecto en el altar de nuestros más caros afectos.

CARDIOSINA GALIEN

(Opoterapia cardiaca)

Indicaciones

INSUFICIENCIAS Cardiacas
constitucionales (débiles, cardiacos, distróficos, hipofisi-
cos). INSUFICIENCIAS CAR-
DIACAS SUB AGUDAS o
CRONICAS. Miocarditis dege-
nerativas post infecciosas y
tóxicas - - - - -

PREPARADO EN LOS

• Laboratorios Galien •

Sección Medicamentos Opoterápicos

PROFESORES:

Bocage, Bujalance y Capra

FARMACEUTICOS

PAYSANDÚ, 1783

MONTEVIDEO

Sindicato Médico del Uruguay

BOLETIN OFICIAL DE LA ASOCIACION

(Personería Jurídica 24 de Mayo 1923)

Redactores: MARIO C. SIMETO y VICTOR ZERBINO

Año III.—N.º 17

Montevideo, Julio de 1923.

LOCAL SOCIAL URUGUAY 1127

El gran compañero que perdimos...



Dr. Juan Carlos Dighiero

† el 19 de Julio de 1923

000001

Sindicato Médico del Uruguay

BOLETIN OFICIAL DE LA ASOCIACION

(Personería Jurídica 24 de Mayo 1923)

Redactores: MARIO C. SIMETO y VICTOR ZERBINO

Nº III - N.º 15

Montevideo, Setiembre de 1923

LOCAL SOCIAL URUGUAY 1127

El Doctor Elías Regules nos habla de Dighiero...

Señores: Si el cerebro sólo vibrase para segregar ideas, deslizaría su acción sobre el mecanismo ajustado de su engranaje, sin anomalías, sin pausas, sin sacudimientos. Pero, incorporada a su fisiología la recepción sensitiva de impresiones, que lo estimulan o que lo deprimen, está expuesto al vaivén azaroso de la emoción variante, con guirnaldas de rusas que decoran la mugestad del horizonte o con errespones melancólicos que visten el camino, entre acentuadas expansiones de tristeza.

Nuestras horas actuales llevan la huella de esta última nube. Hay que afrontar la muerte, como artículo incorregible en el Código de la vida, sin que este impida, de manera alguna, que, producido el hecho, tenga como consecuencia inevitable una herida intensa de la porción delicada que tiembla siempre, cuando la guadaña del desastre secciona el esplendor de una existencia rozagante, levantada en la masa sobre base segura de admiraciones y de afectos.

No caben análisis ni apreciaciones compensadoras. La reflexión es fría, la sensación es cálida. La irradiación del fuego destruye los derechos de la nieve y triunfa el valor térmico sobre las serenas conclusiones de la mente. No hay silogismos capaces de agotar las agitaciones del sentimiento, y quizás resulte racional y piadoso dejarlas extenderse, en toda su amplitud por naturales, por elevadas, por necesarias, por espontáneas, por ser las razones solubles en el raudal del lamento.

En tal virtud, tendríamos la facultad libérrima de la congoja, sin escuchar artificiosas combinaciones de consuelo. Pero es que, en nuestro caso, la investigación tranquila del suceso, en vez de presentar caracteres de cicatriz, aumenta la profundidad de la lesión, toca más hondamente el desgarró del nervio y apura el tinte de negrura que ha empapado la función más excelsa de la entidad orgánica.

Nuestro muerto, fué un maestro. No un maestro, en la vulgaridad de ocupar el cargo y servirlo con la languidez e inconciencia del que pasa disipiente por un puesto; fué un maestro en el concepto preciso del cometido, con bagaje, con aptitudes de dirección, con volun-

tad de trabajo. Su copiosa ilustración lo habilitaba para transmitir la verdad depurada, sin extremos innecesarios y fatigosos, con el claro fin de entregar lo que llevase timbre de exacto y de útil. Clarovidente en las conclusiones de sus juicios, era un dominado por el aforismo de que nada está tan bien en la inteligencia como lo que penetra por los sentidos; y así procuró objetivar, desde la cátedra teórica, su enseñanza, llevando sus alumnos a recojer en los infortunios del hospital la seguridad de los conocimientos anotados en los libros. Más tarde, cuando su propio volumen lo colocó en la Clínica, ratificó su anterior criterio e hizo que la observación fuese la conductora del que investiga, parto soerático que ofreciera rumbo seguro en las adquisiciones del que aprende.

Nuestro muerto fué un médico. Lo son todos los habilitados suficientemente para formular diagnóstico y prescribir tratamiento, con franca percepción de alteraciones, justo estudio de síntesis unificadora y noción indiscutible de atender al enfermo, como hecho circunscripto, olvidando la enfermedad, como concepción abstracta. Todo esto figuraba en el caudal del doctor Dighiero.

Pero no es médico completo el que sólo sabe y hace, manejando al paciente en calidad de objeto destinado a estudio y a reparación, y cavilando con preferencia en el más seguro recurso para dejar a salvo su renombre.

De poco serviría la medicina, tan nebulosa y desarmada, si a esto se redujera la misión de los que aspiran a curar. El médico debe ser algo más que un sabio, debe ser un corregidor de desalientos y sembrador de energías, debe ofrecer el medicamento moral que aminore ansiedades y conduzca al incurable, saturándolo de sosiego y de esperanza, sin esparcir angustias en contorno, hasta el instante postrero, en que su rol termine con la última contracción de los ventrículos. Hay que impulsar al corazón enfermo con las mejores palpitaciones de otro corazón sano.

Y así fué el doctor Dighiero. Nacido con glóbulos de equilibrado, con arrogante pergamino de noble, supo perfeccionar su título, al emplearlo para el ejercicio, prodigando en su recetario la fórmula del aliento, aún a ries-

01

0000001

LA COMISIÓN DE HOMENAJE A JUAN CARLOS DIGHIERO

I

Pocas semanas después de la inesperada muerte de Dighiero, el 4 de setiembre de 1923, un grupo de pacientes y amigos toman la iniciativa de crear una comisión de homenaje. Se dirigieron a los convocados con una nota de este tenor:

Distinguido Señor:

Algunos de los que fuimos amigos personales o clientes del malogrado Doctor Juan C. Dighiero nos hemos propuesto promover la realización de un homenaje excepcional al eminente profesional y al hombre dotado, como él lo fue, de las cualidades más salientes y prestigiosas para provocar la simpatía, el afecto y la gratitud.

La lista al margen, a la que debemos añadir el nombre del Señor Presidente de la República, Ingeniero Don José Serrato, es la de las personas que anhelaríamos verlas constituir el primer núcleo que procurará la realización antes expresada.

Siendo Vd. una de esas personas y estando informados del aprecio profundo que Vd. consagraba al Doctor Dighiero, nos permitimos invitarlo a una reunión en la que se hará cambio de ideas y de propósitos al efecto del homenaje en proyecto.

Esa reunión tendrá lugar el jueves 6 del corriente a las 5 y ½ de la tarde en el Club Médico, calle Uruguay No. 1127.

Nos es muy grato saludar a Vd. con nuestra mejor consideración:

Julio Bastos
Alfredo Furriol
A. Vázquez Barrière
R. Montero Paullier
Juan M. Gorlero

[En el margen se registraban estos nombres]

Don Gregorio Aznárez
Arquitecto Don H. Acosta y Lara
Escribano Don A. Barrière
Doctor Don Benito Cuñarro
Don P. J. Etchemendy
Ingeniero Don José Foglia
Don José Antonio Ferreira
General Don Juan A. Pintos
Doctor Don Agustín Sanguinetti

Fueron sus integrantes los mencionados arriba, distribuyéndose los cargos así: Presidente: Dr. Ramón Montero y Paullier; Secretario: Dr. Agustín Sanguinetti; Tesorero Don Juan M. Gorlero.

II

La Comisión se propone levantar un monumento que perpetúe la memoria del joven médico desaparecido. Entran en contacto con varios escultores uruguayos de prestigio, tanto en el país como en el exterior, algunos de los cuales se ofrecieron espontáneamente, como fue el caso de Pablo Mañé, desde París. A quien dirigieron el 11 de agosto de 1924 la siguiente carta:

Montevideo, Agosto 11 de 1924

Señor Pablo Mañé hijo

PARÍS

Distinguido Señor:

El Comité de homenaje a la memoria del Dr. Juan C. Dighiero, que tengo el honor de presidir, ha estimado en su alto valor el generoso ofrecimiento de Vd. para proyectar el monumento que perpetuará la memoria de aquel inolvidable y querido compatriota.

En virtud de mediar ofrecimientos análogos de parte de otros artistas nacionales, vinculados algunos de ellos por lazos de amistad y gratitud al extinto Dr. Dighiero, el Comité resolvió, como solución de equidad, la celebración de un concurso al que sería invitado un reducido grupo de artistas nacionales.

Destacándose la personalidad de Vd. con singular brillo en nuestro ambiente artístico, el Comité hubiera solicitado con especial interés, su concurrencia a esta prueba, de no haber mediado el deseo expresado por Vd. de que su labor artística fuera apreciada aisladamente.

Lamenta este Comité que tal circunstancia le haya privado del brillante concurso que Vd. hubiera aportado a aquel certamen artístico, reiterándole por intermedio nuestro, las vivas protestas de su agradecimiento, así como las expresiones de su más alta consideración y estima.

Como hecho anecdótico existe una nota manuscrita del Dr. Domingo Prat, dirigida al Tesorero Sr. Juan Gorlero, que trasunta una molestia por alguna gestión que el primero habría hecho con el escultor Pablo Mañé, en París, que pareciera no haber resultado fructífera, según la transcripción anterior. Decía Domingo Prat:

Estimado Sr. Gorlero.

Le agradeceré le pida al Sr. Secretario del Comité por Dighiero se sirva comunicarle lo resuelto por el mencionado comité con respecto al escultor P. Mañé, pues como yo no estuve en esa sesión y no pienso volver, creo que es á él á quien le corresponde comunicarle la resolución.

Agradecido le saluda afectuosamente

D. Prat.

Según es tradición familiar, fue la familia quien se inclinó por una de las propuestas y fue así que se escogió a Juan D'Aniello para realizar la obra.

Se formaliza un contrato con este escultor, realizado mediante la actuación en el registro de escribano público Don Arturo Barrière, integrante de la Comisión, que en líneas generales contemplaba los siguientes aspectos:

ARRENDAMIENTO DE OBRA.- Los abajo firmados doctor Ramón Montero y Paullier, doctor don Agustín Sanguinetti y señor Juan M. Gorlero, como Presidente, Secretario y Tesorero respectivamente del Comité constituido en esta Capital en el año mil novecientos veintitrés, para rendir un homenaje público y permanente a la memoria del eminente médico doctor JUAN C. DIGHIERO, por una parte, y por la otra Juan D'Aniello, escultor, han convenido: **Primero:** El escultor D'Aniello procederá a la ejecución del monumento estatuario que el predicho Comité ha resuelto erigir en un lugar público, con la autorización de la Municipalidad de Montevideo, y consistente en una estela, sobre basamento apropiado, que será coronada con el busto del doctor Dighiero y llevará en un costado dos estatuas alegóricas.- **Segundo:** - El monumento será compuesto con granito ó mármol, según muestra que los representantes del Comité elegirán de acuerdo con el escultor, y el busto y las estatuas serán de bronce, teniendo esas diversas partes las dimensiones siguientes: - Altura total desde el nivel del suelo hasta el vértice del busto: Cuatro metros y veinte centímetros.- Busto: - Setenta por setenta centímetros.- Estatua de la fama: Dos metros diez centímetros.- Todo se ajustará a la maquete aceptada, cuya representación fotográfica se adhiere a este instrumento.- **Tercero:** - El monumento llevará abajo y relleno el basamento, una construcción de material sólido calculada como para soportar debidamente el peso de la estela con su busto, el de las estatuas y el del basamento y gradería revestidos de mármol o granito.- **Cuarto:** - El costo total de la obra a cargo del escultor será de quince mil ochocientos pesos (\$ 15.800.00), moneda nacional oro, los que serán entregados en esta forma y plazos: cuatro mil pesos al firmarse este convenio, tres mil pesos a los tres meses, otros tres mil pesos a los seis meses, y los cinco mil ochocientos restantes, al recibirse el Comité de la obra terminada.- **Quinto:** La cimentación y colocación del monumento serán de cuenta del escultor.- **Sexto:** El escultor deberá entregar el monumento concluido y colocado en su sitio a los diez meses de la fecha de este contrato. **Séptimo:** Solo podrá ser aumentado el costo del monumento en el caso de sobrevenir, por fenómenos económicos extraordinarios, un aumento marcado de los materiales y del trabajo obrero durante el período de la ejecución, y en tal caso el aumento se-

rá proporcionado exactamente a la importancia de su causa.- **Octavo:** Solamente por causas similares a las enunciadas en la base anterior, por enfermedad ó inhabilitación correspondiente del escultor, ó por fuerza mayor evidente, será alargado proporcionalmente el plazo para la conclusión del monumento.- Base adicional: Este contrato, que se extiende en el papel sellado que le corresponde por ley, será protocolizado en el Registro del Escribano don Arturo Barrière.- Hecho y firmado en Montevideo el veintinueve de Octubre de mil novecientos veinticuatro. (firmados) R. MONTERO PAULLIER – AG. SANGUINETTI – J.M. GORLERO – JUAN D’ANIELLO.-

Al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento, se tributó un homenaje al pie de la tumba que guardaba sus restos en el Cementerio del Buceo.

III

La recolección de fondos se realizó por parte de la Comisión de Homenaje, para lo cual se abrieron listas encabezadas por destacadas personalidades que a su vez convocaron a otros amigos, colegas y admiradores de la atención que prodigaba Dighiero. Se recibieron contribuciones de todo el país, incluso de ciudadanos que admiraron a Dighiero como médico y se conmovieron con su prematura muerte. Se abrió una cuenta en el Banco Francés Supervielle & Co., donde se llevó un prolijo detalle de los fondos recibidos. Posteriormente se trasladó a la familia, al finalizar la gestión de los miembros de la Comisión, la totalidad de los antecedentes y comprobantes de los movimientos y pagos realizados. Lo propio hizo el escultor D’Aniello, que agregó hasta las facturas de las barracas que proveyeron los materiales para la construcción del basamento.

IV

A los tres años, se llevó a cabo un homenaje frente a la tumba del Dr. Juan Carlos Dighiero, de lo que dio cuenta la prensa.

El diario *El Día* publicó el 19 de julio de 1926 la siguiente nota:

Homenaje al Dr. Dighiero

SE REALIZÓ HOY EN EL CEMENTERIO DEL BUCEO

Esta mañana, en ocasión de cumplirse el tercer aniversario del fallecimiento del doctor Juan Carlos Dighiero, se realizó, ante la tumba que guardan los restos del malogrado compatriota en el cementerio del Buceo, una sentida ceremonia. El doctor José María Estapé pronunció elocuentes palabras, recordando aquella simpática figura que conquistó en todos nuestros círculos por sus bellas condiciones intelectuales y personales tan grandes y sinceras simpatías. Luego el doctor Sanguinetti dio lectura a un hermoso discurso del doctor Ramón Montero y Paullier, quien por razones de salud, se vio imposibilitado de hacer uso de la palabra en ese acto, en representación del Comité de homenaje, como era su propósito. Asistieron a la ceremonia los doctores Pedro Manini Ríos, Agustín Sanguinetti, Julio Álvarez Cortés, Alberto Scaltritti, Luis Surraco, Ag. Horacio Acosta y Lara, César Seoane, Víctor Armand Ugón, Alberto Vázquez Barrière, Domingo Prat, etc., etc., y un grupo numeroso de médicos jóvenes y estudiantes que fueron discípulos del malogrado compatriota.

DEL DR. MONTERO PAULLIER

Señores:

Tres años hace ya que sus restos mortales se encuentran en este lugar apartado y silencioso, pero fuera de él su recuerdo ha vivido con intensidad en la mente y en el corazón de todos – y son muchos – los que lloraron su partida, enrostrada al Destino como un gesto de crueldad y de injusticia.

Era en días inclementes en que él, abnegado y bienhechor, había seguido llevando, con el ardor juvenil y cariñoso que lo caracterizaba, el concurso invalorable de su ciencia, de su consuelo y de su bondad al lecho de sus enfermos, sin acordarse de que, como éstos, él también tenía un organismo que requería cuidados y prudencia, y de que la Naturaleza no hace entre los seres distinciones, aunque ellos sean de una esencia comparativamente superior en algunas de las manifestaciones de la convivencia social.

El doctor Dighiero prodigaba a los demás los tesoros de su saber profesional y del altruismo inagotable de su temperamento y no guardaba para sí ni siquiera algo de la precaución que él, hombre y mortal, necesitaba también para vencer las fuerzas insensibles y ciegas que actúan de continuo contra las fragilidades humanas, igualando a todos, ricos y

pobres, sabios e ignorantes, virtuosos y malvados, ante esas diosas macabras que se llaman la Enfermedad y la Muerte.

Y su desprendimiento su abnegación, su sacrificio lo trajeron aquí temprano, ¡ay! Tan temprano que hay labios que han murmurado maldiciones contra ese hado fatal que así desconoce los merecimientos y los valores humanos, y que pone por igual en la balanza, con indiferencia sino con mueca sarcástica, las vidas útiles y las existencias insignificantes y vulgares.

Pero comprendamos la esterilidad de nuestras quejas y de nuestras protestas ante los hechos ya consumados e irreparables. Se ha extinguido para siempre lo que en la materialidad era el doctor Dighiero, y sólo perdura, y perdurará por largo tiempo, la huella de su vida tan noble y tan pura que puede servir de ejemplo y de modelo para existencias brillantes y envidiables como la suya lo fue.

Un crecido núcleo de sus amigos, de sus colegas y de sus clientes se ha empeñado en erigirle un como altar ante el cual desean que las generaciones acudan a rendir tributo a las cualidades salientes de los hombres, y a adquirir la idea, de fecundas proyecciones colectivas, de como son recompensados, con el amor de los semejantes y la gratitud de los beneficiados, los servicios que la comunidad recibe de sus varones ilustres y de sus miembros preclaros.

Para la construcción del ara que así simbolizará, para larga y duradera memoria, los títulos del doctor Juan C. Dighiero al efecto y a la veneración de sus conciudadanos actuales y futuros, se ha pedido el concurso del Arte y, dentro de pocas semanas, Montevideo verá, en una obra que será para nuestra cultura un hermoso ejemplar de su adelanto, como supo el sabio médico, el buen amigo y el noble compatriota hacerse acreedor al homenaje que en el monumento artístico tendrá su expresión.

Es en torno de ese monumento, emblema de sus méritos y de sus virtudes, que en lo sucesivo nos congregaremos para evocar su recuerdo, bajo la efigie de bronce en que un gran artista, que no lo conoció, ha sabido sin embargo fijar con sorprendente verdad la mirada y la sonrisa dulces y cariñosas de nuestro tan llorado amigo.

He dicho.

En la misma ocasión, otro medio de prensa dio otro panorama de la misma ceremonia en el Cementerio del Buceo, en el tercer aniversario de la muerte de J. C. Dighiero, haciendo énfasis en el discurso pronunciado por el Dr. José María Estapé:

DEL Dr. JOSÉ MARÍA ESTAPÉ

En nombre del Comité de Homenaje a la Memoria del profesor Dighiero, cuyo monumento aún no se ha podido inaugurar, pero que se hará dentro de poco, tengo el alto honor de pronunciar breves y sentidas palabras ante la tumba de aquel que fue gran maestro, médico abnegado, amigo sincero y padre amantísimo.

Me concretaré en la medida de mis fuerzas a trazar las grandes líneas directrices de su joven y vigorosa personalidad, ensayando una semblanza del maestro ilustre que poseía el sentido clínico de Soca y el corazón de Vilardebó.

Físicamente, su cuerpo, macizo, aparentemente robusto, de anchas espaldas y pesado al caminar, daba la impresión del gran luchador en pugna dolorosa e ininterrumpida, disputando a la muerte, en todo momento, una nueva víctima, una nueva presa, como si estuviera dominada por apetitos insaciables.

Este cuerpo macizo estaba coronado por una cabeza hermosa, cuya cara poseía rasgos fisonómicos delicados, severos, y en cuyos labios finos, bien delineados se dibujaba siempre una imperceptible sonrisa bondadosa e irónica al mismo tiempo: todo esto coronado por una frente amplia, una nariz recta y por dos ojos pequeños, escrutadores, brillantes e inmensamente inteligentes.

Su ademán era franco, exuberante, de una sencillez inaudita y profundamente fraternal, al mismo tiempo que la palabra era cálida, insinuante y dotada de un gran poder de persuasión, debido al elevado coeficiente efectivo de sus ideas.

Intelectualmente estaba dotado de una capacidad pensante y cognoscitiva, rápida, ágil y de una plasticidad extrema.

Su sentido clínico era admirable y como su gran maestro el sabio profesor Soca, manejaba con una audacia inaudita y con suma precisión los diversos elementos que integran el moderno arsenal de la terapéutica médica.

Moralmente era la virtud misma hecha carne: jamás criatura humana alguna fue capaz de sentir en sus propias entrañas, como el profesor Dighiero, el ritmo obligado de toda la gama del humano dolor.

Y porque sentía profundamente el ajeno dolor, su acción se agigantaba frente al lecho del enfermo, convirtiéndose de hecho en un apóstol de la medicina, haciendo del Arte de curar, la más alta misión del hombre sobre el planeta, y paralelamente dignificando en grado superlativo, la noble ciencia de Hipócrates.

V

Pocos meses después, el 19 diciembre de 1926 se inaugura el monumento, con la presencia de familiares, colegas y amigos, en el jardín frente a la Facultad de Medicina, sobre la Avenida Gral. Flores. De la ocasión dieron cuenta los medios de prensa escrita:

El Día, del domingo 19 de diciembre de 1926, junto a una foto del busto y su pedestal, publicó estas líneas:

MONUMENTO AL DOCTOR CARLOS DIGHIERO. Esta mañana, en la plaza de la Facultad de Medicina, se realizó la ceremonia de inauguración del monumento que, a iniciativa del Comité de Homenaje levantara en memoria del doctor Carlos Dighiero.

A la hora 10 se descubrió el monumento, y el doctor Bastos, presidente del Comité, en sentido discurso, hizo entrega de aquél al Municipio montevideano.

Luego hablaron los doctores Manini Ríos y Martirené, y el señor José Puig Roig, cuyas piezas oratorias versaron sobre la personalidad del doctor Dighiero a través de su actuación científica.

Entre la concurrencia, muy numerosa, estaban representados los Poderes Públicos.



Otro diario, *La Mañana* del 20 de diciembre de 1926, dedicó amplio espacio a la inauguración del monumento, aportando detalles diferentes, incluso alguna confusión con el nombre del orador por el Comité de Homenaje, con una foto del monumento íntegro y parte del público asistente, bajo el título:

Ayer se inauguró el monumento al Dr. Dighiero

El acto efectuado con ese objeto en la Plaza de la Facultad de Medicina, asumió grandes proyecciones

Ayer, por la mañana, se efectuó en la Plaza de la Facultad de Medicina el acto inaugural del monumento al Dr. Juan Dighiero, erigido por iniciativa de sus amigos, con fondos recaudados por suscripción pública.



El acto asumió grandes proyecciones, siendo presenciado por numerosas personas, entre los que vimos a muchos compañeros del eminente médico que honró a la ciencia médica del Uruguay con su talento y proverbial sabiduría.

Hicieron uso de la palabra los doctores Ramón Montero Paullier, cuyo discurso publicamos más abajo, José Martirené, Pedro Manini y Ríos y el señor Puig Roig, quienes recalcaron a grandes rasgos la personalidad del Dr. Dighiero, mereciendo todos calurosos aplausos por parte de la concurrencia.

Discurso del Dr. Montero Paullier

Señores:

Cuando ya existe en una plaza pública, a los tres años de una muerte, un monumento o una estatua que evoca la memoria del hombre que tal muerte destruyó en su representación física, es porque en la vida de ese hombre, en su actuación dentro de la comunidad y en la obra que dejó

a los que a su lado o cerca de él convivían, hubo destellos fulgurantes de merecimientos y de altruismo, signos y jalones perdurables de virtudes y de talentos de los que impresionan y quedan en las memorias y en los corazones.

Nuestra patria ha tenido y tiene grandes médicos que la han honrado y que la dignifican; es quizás en esa clase profesional, como en la del magisterio primario, que ha contado con los ejemplares que han prestado al país los mayores servicios y propendido mejor al arraigo de su prestigio; y, mirando hacia el pasado y escrutando en los valores del presente, yo no vacilo para decir que es entre los médicos y los modestos maestros de la escuela primaria que descubro a los conciudadanos que más justa y merecida gratitud han conquistado en el alma de nuestro pueblo. ¿Por qué, en una imagen realzada por la fuerte expresión y por la majestad del noble estatuario, es el doctor Juan C. Dighiero el primero que señala, en un lugar público como este, que logró, tan a raíz de su desaparición, revivir bajo esta forma espectacular y solemne en el campo apoteótico que las sociedades humanas destinan para perpetuar el recuerdo de grandes vidas, de conductas preclaras, de servicios que siembran la gratitud y la admiración?

Es porque el doctor Dighiero supo aunar no pocas de las condiciones que son la contextura y la aureola de los predilectos y de los elegidos: talento y saber descollantes, y afán constante por engrandecerlos; méritos reales pero escondidos por la modestia; despreocupación por el enriquecimiento propio y celo por el cultivo de la generosidad; atenciones y cuidados para el prójimo llevadas hasta el sacrificio; vida consagrada principalmente a los demás, con menosprecio, indiferencia u olvido por la propia vida; en suma: un ejemplar magnífico de altruismo que es la más grande de las virtudes humanas.

Iba en camino de ser uno de nuestros médicos más ilustrados y expertos, pero ya era para su clientela y para quienes lo conocían y trataban a otros títulos el más querido talvez, por su rara simplicidad, su afabilidad imperturbable, su desinterés inmaculado. Otros tuvieron – ello entra en lo posible – talento superior, ciencia extensa, actuación de mayor evidencia y más nutrida de éxitos, o porque figuraron más largo tiempo en el escenario humano, o porque les tocó agitarse en un medio en que el ejercicio de la acción profesional era más propicio a la expectación y al conocimiento incesante de cualidades de las que más fuertemente impresionan y más cariños despiertan; pocas muertes más que la suya,

dentro de su profesión, fueron miradas y quizás más deploradas como una injusta calamidad pública.

Más no debo insistir sobre los blasones que posee el doctor Dighiero para que su memoria subsista en esta forma expresiva y duradera que el bronce y el mármol permiten conservar a lo largo del tiempo merced a la inspiración y a la maestría de los verdaderos artistas estatuarios; sin embargo, honrado por el encargo recibido del Comité que conmigo ha colaborado en la gestación de este homenaje, es de mi deber expresar cuáles han sido los propósitos que nos han guiado a rendir este tributo de gratitud, de veneración y de amistad.

El doctor Dighiero fue un médico ilustre, un ciudadano ejemplar, un hombre virtuoso y digno, un amigo dilecto; afanoso y abnegado siempre, llenó sus deberes profesionales y sociales en forma tan generosa y exquisita que él mismo precipitó su fin con un hermoso sacrificio. Vidas así, rasgos de esos valimientos tienen que servir de modelos; la comunidad debe buscar en esas existencias tejidas de sanos valores de méritos y de virtudes de la mejor eficiencia colectiva, ejemplos y enseñanzas; ellas son las mejores fuentes de inspiración y de ambición para otras vidas semejantes, útiles para todos. Y es por eso que le pedimos al gran artista que, de la materia vasta y sin expresión, extrajo esa imagen que renueva y que nos deja como la realidad corpórea de nuestro amigo, con la mirada escrutadora de la vez que vivificadora del médico y con el suave asomo de aquella sonrisa cariñosa que engendró tantas gratitudes, le pedimos, decía, que labrara un monumento cuya contemplación sirviera de incitación y de estímulo para la siembra de aspiraciones y de méritos como las que el doctor Dighiero abrigó y ostentó, y que han tenido como recompensa y como coronamiento el acto que realizamos. La Fama que muestra a ese adolescente la concisa leyenda de los títulos que enaltecieron al ilustre compatriota despertará en las almas juveniles el deseo de conquistar también un día honores como el que estamos tributando; que es en la posesión de muchos de sus miembros que merezcan y que alcancen homenajes de este género que las sociedades prosperan y se engrandecen los pueblos. Tributo de admiración al médico perfecto, estudioso y sabio, ofrenda a la amistad de hondas raíces, expresión de gratitud al hombre bueno, generoso, y siempre abnegado y altruista, tales son los significados de este monumento y de esta obra de arte noble, claro y sanamente aleccionador que, a nombre del Comité que me ha ca-

bido la honra de presidir, entrego a las autoridades municipales de la ciudad.

Por entre los trozos del mármol de ese basamento, amalgamado y apretando las partículas del bronce de esas figuras, hay una sustancia que lo enlaza todo y que lo consolida: esa sustancia, mezcla de la admiración y del cariño, de la amistad y de la gratitud de muchos, es el mejor cemento para monumentos como éste; los hace duraderos y simpáticos, populares y preferidos; porque quienes más tarde los contemplan y meditan sobre su significación, descubren, conmovidos, que son la expresión de honores supremos que fueron tributados a personalidades que, echando profundas raíces en el corazón de sus semejantes, supieron labrarse el pedestal más envidiable para el logro de la única inmortalidad que sea cierta: la de las páginas de la Historia y de la memoria de los hombres.

He dicho.



VI

Concluyendo sus actividades el Comité de Homenaje le envió a la viuda de Juan Carlos Dighiero una nota que fue difundida en la prensa, dando cuenta de sus trabajos. Se reproduce la publicación de referencia:

Del comité de homenaje al Dr. Dighiero a la viuda de este ilustre hombre de ciencia Una elocuente nota dando cuenta de sus actividades La señora Josefina Urioste de Dighiero, viuda del ilustre médico uruguayo doctor Juan Carlos Dighiero, ha recibido del comité que se constituyó para honrar la preclara memoria de aquel hombre de ciencia que honró

al Uruguay la nota que insertamos a continuación, en la que da cuenta del resultado de sus gestiones:

Montevideo, 23 de mayo de 1927.- Señora Josefina U. de Dighiero.

Muy distinguida señora:

El Comité que se constituyó a los muy pocos días del fallecimiento del dignísimo esposo de Vd., - y que actuó bajo mi presidencia ha terminado recientemente sus tareas y que se ha disuelto con la satisfacción de haber tributado al doctor Juan C. Dighiero un homenaje que, dentro de nuestro medio, puede ser considerado como una consagración duradera, y en cierto modo elocuente, de los méritos excepcionales que caracterizaron al ilustre desaparecido.

Para Vd. señora y para sus hijos, la pérdida ha sido irreparable, pero será para Vds. lenitivo y consuelo, así lo anhelamos, la demostración de afecto, de respeto y de admiración que la sociedad uruguaya ha dejado grabada, para muy largo tiempo, en el monumento erigido en las inmediaciones de la Facultad de Medicina, instituto al que tanto honró con sus talentos y con sus virtudes públicas y privadas el doctor Dighiero.

Quiera usted ver, señora, en la relativa brevedad con la que la obra de homenaje se ha realizado, merced a concursos exclusivamente populares, una prueba de la singularidad de los merecimientos del homenajeado: supo éste, en efecto, en el ejercicio de su profesión y en su conducta privada, pletórica de generosidad y de altruismo, conquistar corazones y sembrar gérmenes de gratitud, gérmenes de esos que inmediatamente florecen abundosos y dulces, y por largo espacio de tiempo.

Usted, señora, regará más de una vez con sus lágrimas, junto con sus hijos, los mármoles que sustentan la efigie del llorado muerto; los que, en una forma o en otra, han contribuido a la erección del monumento ya han mezclado las suyas para cementar esas piedras y esos broncees que atestiguan, a la vez que los valores científicos y morales de un hombre esclarecido, el reconocimiento espontáneo y profundo de un núcleo social numeroso y destacado.

El Comité que he presidido decidió, al disolverse, que algunos fondos sobrantes de la suscripción popular que, en cortos meses se obtuvo para la realización del homenaje, fueran entregados a la Facultad de Medicina para la adjudicación de cuatro premios a los autores de trabajos de materia médica que ese cuerpo universitario indique y que, hasta donde

sea posible, se vinculen con la enseñanza predilecta y especializada del doctor Dighiero. Así se ampliará en forma de cierta resonancia y de utilidad general el tributo rendido al eminente profesor.

De igual manera resolvió dicho Comité que la documentación relacionada con toda su labor en la preparación y en la realización del homenaje sea puesta en manos de usted. En esos papeles, que usted ha de conservar en el archivo familiar, encontrará la dignísima esposa y tendrán sus hijos la prueba sencilla pero bien expresiva de cómo el doctor Dighiero echó en muchos corazones hondas raíces de un intenso cariño.

Acepte usted, señora, la muy sincera afirmación de nuestro respeto.- Ramón Montero Paullier, Presidente; A. Vázquez Barrière, Secretario; Juan L. Gorlero, Tesorero.

* * *

Homenaje a los dos años de la muerte de Juan Carlos Dighiero

El 19 de julio de 1925 se realizó un homenaje en el Cementerio del Buceo, de que dio cuenta la revista *Progreso*, órgano del Liceo Linares, dirigido por Luis M. Robles, en su número 159, del 15 de agosto de 1925, Año XIV. Bajo el título Homenaje al Dr. Juan C. Dighiero, se dice:

El día 19 de Julio tuvo lugar en el Cementerio del Buceo la inauguración del busto, obra del escultor D'Aniello, que perpetúa los rasgos fisonómicos y psicológicos al par de aquel benemérito hombre de ciencia que la muerte sorprendiera en plena juventud, levantando una protesta unánime de parte de todos los que fueran sus profesores, discípulos y amigos.

A pesar o quizá por la extrema sencillez del acto, éste adquirió proporciones y caracteres emocionantes.

Sin tener en cuenta la baja temperatura de la mañana, a las 10.30 en el Cementerio del Buceo, frente al sepulcro donde reposan los restos del doctor Dighiero se congregó una bastante numerosa concurrencia entre la que se contaban destacados elementos de nuestro mundo médico, profesionales amigos del extinto, enfermos que a los desinteresados

y altruistas cuidados del doctor Dighiero deben su vida, admiradores atraídos por el renombre extendido del ilustre médico y en fin, muchas conocidas personalidades de nuestro mundo social y científico en cuyas memorias guardan para el doctor Dighiero diversos motivos de gratitud y afectuoso recuerdo.

Hizo uso de la palabra en nombre de sus camaradas el doctor Héctor Homero Muñíos, quien con frases conceptuosas y elegantes, rememorando la vida del compañero y del hombre de ciencia, el humanitarismo y el altruismo del médico cuya efigie quedaba perpetuada en mármol inmortal, logró conmover profundamente al auditorio, ya de por sí dispuesto a emocionarse con el recuerdo de aquella muerte irreparable para muchos.

Le siguió en el uso de la palabra, la señorita de Carlevaro, quien hondamente emocionada tuvo gratas referencias para el insigne profesional tan justiciera y acertadamente immortalizado por el escultor D'Aniello.

Los asistentes se retiraron silenciosamente de la casa de los muertos, seguros de haber cumplido con tal acto un deber contraído con su propia conciencia y elogiando calurosamente la admirable escultura.



Busto de Juan Carlos Dighiero, autor Juan D'Aniello, donado por la familia al Hospital Maciel. Uno similar fue el que se instaló en su panteón en el Cementerio del Buceo.



Detalle del busto, con la firma del escultor Juan D'Aniello.

Discurso del Dr. Héctor H. Muiños

He pensado, antes de aceptar la misión de recordar, en este homenaje, a nuestro grande amigo ausente, en un apólogo de Montaigne que me ha impresionado profundamente. Cuenta que habiendo caído prisionero en manos de Cambises un rey de Egipto, el bárbaro conquistador hizo pasar ante los ojos del vencido una de sus hijas, vestida de esclava y soportando pesada carga, y uno de sus hijos conducido a la muerte. El rey permaneció impasible, sin despegar los labios, sin hacer un gesto. Pero como viera pasar uno de sus criados mezclado en la turba de los prisioneros, rompió a llorar, golpeándose la cabeza y dando muestras del más extremo dolor. Asombrado Cambises, le pidió explicación de tan extrema conducta. Y el rey repuso, que sólo este último infortunio podía expresarse con lágrimas: los dos primeros ultrapasaban con exceso todo medio de poder expresar la inmensidad de su pena. Yo he pensado si podría, en esta ocasión, condensar en el desaliño de unas frases toda la intensidad, toda la violencia, toda la profundidad del dolor que el recuerdo de nuestro gran muerto despierta en nuestras almas. Y he aceptado la honrosa misión, convencido de que jamás podré traducir toda mi pena y toda vuestra pena; de tal manera sé que todos los que hoy nos congregamos en torno a esta tumba, bajo el imperativo de la amistad y la energía del recuerdo, vibramos en idéntico sentimiento de amargura infinita.

Cuanto más se eleva y se agiganta el pensamiento humano, menos comprensibles resultan la muerte y la nada, ha dicho un alto poeta del misterio y de la muerte. Si no le temiéramos tanto a la idea del no ser, como el mismo Maeterlinck ha analizado con tanta sutileza, quizás nos resultara menos duro acostumbrarnos a la desaparición de uno de los seres queridos que, a veces, un ciego golpe nos roba para siempre. La desaparición de Dighiero nos parece hoy aun una de las más absurdas traiciones del destino. Y es siempre el mismo sentimiento de desesperada impotencia el que protesta en nuestros corazones donde el recuerdo del gran amigo vive para siempre.

Porque todos los que estamos aquí fuimos sus amigos. En el más respetuoso de los sentimientos inspirados por él, en la admiración del alumno, en el agradecimiento del enfermo, en el respeto del colega, había siempre un fondo de amistad que nadie, como él sabía despertar. Y es que en él, médico eximio, profesor excepcional, clínico extraordinario, el hombre traducía siempre e imprimía su inconfundible modalidad.

Era prodigioso el hombre. Bueno, sencillo, noble, modesto, honrado, optimista, generoso, alegre, seductor; uno se preguntaba qué faltaba en aquel carácter de excepción, todo claridad, todo lucidez, todo discreción, todo armonía. Era uno de los más bellos caracteres que yo haya conocido. Jamás lo ví, en la aspereza del ejercicio de esta profesión de sacrificio y de amargura que es nuestra profesión, jamás lo ví descender de su honestidad, ni abdicar de su sencillez, ni vacilar en su hidalguía, ni abandonar su dulzura, ni renunciar a su optimismo, ni empañar su modestia; carácter siempre igual, con sus virtudes arraigadas, entrelazadas en una espléndida armonía que era el secreto de su potente magnetismo. Todos los que rodeamos esta tumba, animados por el mismo afecto y unidos por el mismo fervor, sabemos cómo era bueno hasta el sacrificio, honrado hasta la médula, modesto hasta la exageración, generoso hasta el absurdo. Si hubo hadas madrinas en su cuna, todas rivalizaron en dejar todo lo que fuera un timbre de nobleza o un galardón de bondad. Así era nuestro amigo, nuestro grande e insustituible amigo.

Yo creo que si se quisiera condensar en un rasgo, lo más saliente de aquel carácter espléndido y de aquel espléndido talento, habría que decir que en Dighiero lo que maravillaba era el raro y excepcional equilibrio entre las más altas calidades. Porque aquel hombre extraordinario estaba doblado por un más extraordinario hombre de ciencia. Era una de las inteligencias más completas que hayan honrado la cátedra de la Facultad y el ejercicio de la profesión. En lugar de ser uno de esos talentos desiguales, con una calidad cualquiera hipertrofiada y llenos de lagunas o de defectos fundamentales en las demás, Dighiero tenía un genio armónico, hecho de medida y lo he dicho, de equilibrio. Hay que saber qué compleja es nuestra ciencia médica, cambiante, sutil, engañadora, misteriosa, inasible; hay que observar qué frecuente es ver una intención clínica de calidad perdida, por falta de preparación teórica, o un formidable bagaje libresco totalmente divorciado de todo sentido de la realidad o de la oportunidad... Hay que conocer la facilidad con que se siguen las falsas pistas, bajo la obsesión desorientadora de una idea o una teoría que se insinúa, y se incrusta en todos los razonamientos; hay que conocer la disparidad enorme entre lo que es un caso masculino en el silencio del gabinete y la decisión que exige el cuadro clínico presentado a quema ropa y reclamando la firmeza del diagnóstico y la eficacia de la intervención salvadora y providencial. La vastedad de la ciencia médica, la variabilidad fantástica de los casos, los caprichos de las enfermedades, justifican esas desigualdades que el médico evidencia

muchas veces frente al enfermo y señalan la terrible complejidad del dominio absoluto de toda esa ciencia tan hermosa como difícil. Ahí es donde el genio de Dighiero aparece en todo su esplendor.

Dighiero tenía la preparación teórica profunda que sólo largas veladas, jamás interrumpidas, pueden dar; tenía la intuición clínica innata, insuperable, soberana; tenía la firmeza, la sagacidad, la prudencia, el coraje, la mesura, la honestidad... No sabéis quizás lo difícil que es ser prudente sin ser tímido: la poquedad de ánimo en medicina, puede ser decisiva para la salvación de una vida. Ser prudente sin ser cobarde; ser firme sin ser atrevido, dificultad que exige una suprema e indefinible discreción... La mesura: no agredir al enfermo, no dejarse llevar por la última novelería o por el ensayo último; no dejarse sugestionar por la afirmativa impavidez de los formularios o de los manuales... La honestidad, la honestidad científica; no mentir un diagnóstico que no se posee, no aventurar una hipótesis con carácter dogmático y absoluto; saber reconocer un error y confesar una equivocación...

Eran las cualidades directivas en el deslumbrante talento de Dighiero. Tenía un concepto de la justeza y de la precisión que sólo los que vivimos los mejores años de nuestra vida médica a su lado conocemos en toda su maravillosa regulación.

Y como en él no faltaba nada, aquel hombre admirable y aquel formidable médico era un incomparable profesor. Se nace profesor. Los libros darán preparación; la vida profesional, experiencia; pero el don comunicativo de exponer y encarar un caso; de disociarlo en sus más recónditos elementos sin perderse en la minucia de detalle y sin extrañarse en los lujos de la erudición o en las embriagueces de la palabra; el don de ser claro y de ser convincente y de ser práctico; el don magnífico de enseñar, eso es una alta, una suprema virtud. La poseyó soberanamente Soca; la poseyó, y en grado superlativo, Dighiero. No es la afirmación interesada del amigo y del discípulo; es el grito unánime de aquella muchachada estudiantil que recuerda el prestigio de sus lecciones admirables y la eficacia de su enseñanza no superada. La Facultad de Medicina no sabe qué profesor ha perdido: lo sabemos los que durante años vimos renovarse aquel talento vigoroso, en todo el esplendor de una maravillosa madurez. Lo sabemos los que estimamos que su prédica es irreparable, porque el viejo lugar común del vacío imposible de llenar nunca ha tenido más desesperante realidad.

Tal era nuestro amigo; tal, por lo menos, el esbozo, malogrado por la ineficacia de la expresión, de aquella enérgica personalidad que tanto sitio ocupó en nuestros afectos y tanto relieve en nuestro recuerdo. A medida que pasen los años, todos – y somos legión – los que lo conocimos y lo amamos, iremos depurando nuestro recuerdo e iremos afinando nuestra evocación.

Una deliciosa fábula de Heinse cuenta que: “un ídolo de cera puesto, por incuria, cerca de un gran fuego donde habían sido colocados, para que se endureciesen, unos vasos de Campania, empezó a derretirse y se quejó de ello al más activo de los elementos. Mira, dijo el ídolo, la crueldad que usas conmigo. A esos vasos les das eternidad, a mi quieres destruirme. El fuego respondió: quéjate a tu propia naturaleza; yo de mí sé decir que siempre soy fuego”. “La historia, - dice Araquistáin glosando esa página encantadora –, es el fuego que derrite los ídolos de cera y endurece los vasos que modela en greda plasmable la mano del artista. El certero gusto de los pueblos, con la ayuda de los críticos o sin ella, funde la cera y hace más durable la arcilla...”

La figura de nuestro Dighiero, grande y noble y digna, se hará más firme y más pura a medida que pasen los años. Noble arcilla la constituía. El tiempo, como el fuego de la fábula, no la hará sino más recia, más enérgica, más definitiva.

* * *

Del Dr. José M. Estapé

*A la muerte de mi muy
amado y venerado maestro,
profesor doctor Juan Carlos Dighiero.
Evocación de una noble y
vigorosa personalidad²¹*

* * *

El Médico

Es posible que jamás hombre alguno reunió en armónico consorcio, como el Dr. Dighiero, las condiciones primordiales y muchas de ellas innatas, para ejercer con todo éxito el nobilísimo arte de curar, aliviar o consolar el humano dolor.

Estas condiciones son de orden intelectual, técnico y moral.

Entre las primeras figura el llamado “*Sentido clínico*” tan evidente y al mismo tiempo tan difícil de definir como el “*Sentido moral*”.

A grandes rasgos podemos decir que el “*Sentido clínico*”, es el conjunto de condiciones innatas y adquiridas, que permiten al Médico orientarse en el dédalo sintomático de los complejos mórbidos. Es una especie de brújula, es una idea directriz, es como una luz que surgiendo de las profundidades de lo inconsciente y sub-consciente, se proyecta a la manera de un “*elan misterioso*”, sobre el campo de la plena conciencia, permitiendo a la Razón ver claro y por lo tanto ejercitar los infinitos y variados resortes de la Lógica Médica.

Y este “*Sentido clínico*” era precisamente la cualidad dominante del malogrado Dr. Dighiero, verdadero mago de la clínica.

Entre las condiciones técnicas figura la aptitud para aplicar los diversos métodos de examen clínico y esto también rayaba a gran altura en el Dr. Dighiero.

21 Una publicación editada por su autor en formato libro denominado FRAGMENTOS (Agencia General de Librería y Publicaciones, Montevideo y Buenos Aires, 1931, 294 páginas), reproduce con leves variantes en el acápite este artículo. Lo titula: “Evocación de una noble y vigorosa personalidad” y lo encabeza con este epígrafe: *A la memoria de mi querido y venerado maestro el profesor doctor Juan Carlos Dighiero*, pp. 143-146.

Las condiciones morales ennoblecieron desde sus comienzos, la carrera vertiginosa de este gigante de la Medicina; el desinterés, la abnegación, un rígido altruismo, elementos que integran la Moral del Deber profesional, fueron sus características y al mismo tiempo contribuyeron en proporción considerable a la marcha fatal de la enfermedad.

Un ego-altruismo razonable hubiera evitado la catástrofe...

El Profesor

Como Profesor era la imagen fiel, aunque un poco reducida, de su Maestro, el sabio profesor Soca.

Frente al enfermo, su "*Sentido clínico*" y facultades analítico-sintéticas se agigantaban obedeciendo quizás a una especie de eretismo cerebral, y así surgió el "*síndrome*" como primera etapa del diagnóstico.

Apoyándose en éste y con una lógica férrea y severa, pesando todos los elementos, recurriendo a la experiencia anterior, trataba de llegar a la segunda etapa del diagnóstico, es decir, al diagnóstico de enfermedad.

Luego venía la exposición sintética del caso, llena de claridad, de precisión, de sentido práctico, desdeñando de una manera sistemática la erudición libresca.

Y por último surgía la Terapéutica a la manera de corolario de lo anterior: Terapéutica heroica, etiológica o sintomática, pero siempre sobria, orientada en el sentido de hacer reaccionar al organismo con el menor número de medicamentos posibles.

Cuando toda Terapéutica era inútil, esgrimía el supremo recurso de las almas forjadas en el dolor: consolaba a sus enfermos oponiendo a su natural pesimismo, un optimismo tan radical como el de Leibnitz.

El Hombre

En todos sus actos el Dr. Dighiero ponía su corazón, fueran éstos de la vida privada, profesional o pública, como ciudadano. Médico o Consejero de la Facultad de Medicina.

Alma virgen que no conocía el Mal, porque concebirlo, ya le repugnaba: Alma candorosa que reflejaba en su mímica todas sus pasiones:

Alma simple que conocía el pudor y se sonrojaba: Alma purísima que hubiera realizado su Ideal en un Mundo Moral tal como lo concibió Kant, pero que encontró la tortura, la decepción y el veneno en este Mundo regido en general por la Moral despiadada y cruel de los intereses creados...

Resumiendo: El Dr. Dighiero poseía el “Sentido clínico” de Soca y el corazón de Vilardebó.

José María Estapé.

La Noche²²

El fallecimiento del doctor Dighiero

Consternación que produce en el ánimo público

Algunos detalles de la enfermedad. El sepelio – Homenajes que se le tributan

El unánime pesar producido en la población montevideana por el fallecimiento tan rápido como inesperado del distinguido hombre de ciencia. En su fecunda actuación profesional, el doctor Dighiero había podido vincularse por los lazos de la gratitud y la admiración a una gran parte de nuestra sociedad, que hoy llora de veras la desaparición del hombre que llevara el auxilio científico y el consuelo moral a tantos hogares, siempre que se buscaron sus servicios para disputar a la muerte la presa de un ser querido. Es así que no nos sorprendió ver esta tarde, cuando visitamos la casa mortuoria, a infinidad de personas de distintos sexos, edades y condiciones, entrar y salir llorando, después de permanecer un instante con el dolor dibujado en el rostro, frente al ataúd en que yacía el cuerpo del doctor Dighiero.

Detalles de la enfermedad

Personas allegadas a la familia del doctor Dighiero, nos refieren que desde que éste cayó enfermo tuvo la noción clara de la gravedad de

22 *El Diario de la Noche*, 21 de julio de 1923.

su estado y explicaba la evolución que su enfermedad habría de tener hasta el instante de la crisis fatal. Con tal certidumbre trataba de evitar molestias a sus colegas que luchaban a brazo partido con la muerte para salvar al ilustre paciente.

-No se incomoden, les decía. Aquí ya no hay nada que hacer.

A las 9 de la mañana de hoy se produjo el deceso, después de haberse alentado algunas esperanzas de reacción favorable, dos horas antes, a las 7.

El diagnóstico expresa que el fallecimiento se ha producido por miocarditis.

Elocuente manifestación de condolencia

Quizá nunca hubo demostración más eficiente y acabada de la estimación que puede granjearse un hombre en vida que este homenaje póstumo ante la tumba abierta de Carlos Dighiero.

El acompañamiento

Frente a la casa mortuoria, en la calle Mercedes, ya una multitud imponente esperaba la salida del féretro.

No menos de doscientos autos la mitad particulares, en largo desfile, escoltó hasta el Cementerio del Buceo el coche fúnebre. En la necrópolis puede decirse que aguardaban 50 coches más. Por manera que, merced a una fácil deducción, podemos calcular el número de asistentes en no menos de dos mil personas. Súmese a esto el hecho de que el sepelio se efectuó hoy a las 3 de la tarde, cuando la mayoría menos se lo figuraban, y podrá hacerse una idea de lo que pudo llegar a ser esta sentida manifestación de condolencia popular.

Réstanos decir que, tanto en la casa mortuoria como en el Cementerio, vimos lo más representativo de nuestro mundo político y social.

En la Necrópolis

Y ante el panteón, la concurrencia en compacto grupo se dispuso a escuchar los discursos a pronunciarse.

La urgencia de la hora nos prohíbe insertar algunos de los discursos pronunciados, como sería nuestro deseo. No obstante, diremos que eran muchas las personas que se disponían a hacer uso de la palabra.

Entre estos últimos, numerosos discípulos expresaron también el sentimiento que les llenaba con sentidas y elocuentes frases.

* * *

Reunión médica del “Hospital Pasteur”

Esta Sociedad Científica, que debía celebrar su sesión ordinaria hoy, resolvió con motivo del fallecimiento del Profesor doctor Dighiero:

1º. – Suspender la sesión.

2º. – Invitar a sus asociados, por medio de la prensa, a concurrir al sepelio del malogrado Profesor.

UN MENSAJE DE PAULINA LUISI

En el primer aniversario de la muerte de Juan Carlos Dighiero, la viuda recibió una esquila acompañando un ramo de flores de Paulina Luisi, que se reproduce en los Anexos, del siguiente tenor:

Montevideo, Julio 19/24

Señora Josefina U. de Dighiero

Mi querida Señora

Le ruego quiera aceptar estas flores para colocar junto al retrato de su querido compañero, - en nombre de mi querida muerta²³, á la que él con tanto afecto cuidó.

A Vd. y á mi nos quedan solamente lágrimas como consuelo.

23 Hace referencia a la muerte de su madre María Teresa Josefina Janicki.

Permítame unir en estas flores el acuerdo del que se fue hace hoy un año, y la que me ha dejado ayer.

No extrañe que no vaya personalmente à saludarla – ni concurra hoy al homenaje que se tributa al amigo y condiscípulo – no tengo valor!

Pero mi recuerdo está con Vds., y mi agradecimiento al que me ayudó con su ciencia a prolongar la vida de mi querida desaparecida, sienta fielmente sobre los suyos – Vd. y sus hijitos – que tendrán siempre en mi una amiga agradecida.

Suya muy afectuosamente

Paulina Luisi

LOS MEDALLONES

Estos medallones fueron realizados por José Belloni, a instancias de la familia, para testimoniar el afecto de la madre de Juan Carlos Dighiero al Dr. Héctor Homero Muiños, y para la recordación a sus hijos de su viuda la Sra. Josefina Urioste de Dighiero.



Imagen de Juan Carlos Dighiero, obra de J. Belloni.





La leyenda en el reverso de la medalla dice: La Madre del Dr. Jvan Carlos Dighiero al Dr. Héctor H. Muíños. Jvlio 19 1925

Juan Carlos Dighiero y el escultor de su monumento, en el nomenclátor montevideano

DIGHIERO, Dr. Juan Carlos.- Médico y profesor uruguayo (1880-1923), doctorado en nuestra Facultad, en 1906. Jefe de Clínica en el hospital Maciel (1908-10); profesor de Patología Médica (1910-22), y de Clínica Médica (1922-23), donde sucedió al eminente Dr. Soca, de quien el doctor Dighiero fue destacado discípulo, y digno continuador en su breve pasaje por esta última cátedra de la Facultad de Medicina. Sobre su tumba, sus alumnos colocaron un bajorrelieve con la siguiente inscripción: «En la medicina, apóstol; en la cátedra, guía; en la vida, insuperable ejemplo, porque reunía todos los privilegios del corazón y del cerebro». Un monumento a su memoria obra del escultor Juan D’Aniello, se levanta frente al edificio de nuestra Facultad de Medicina.²⁴

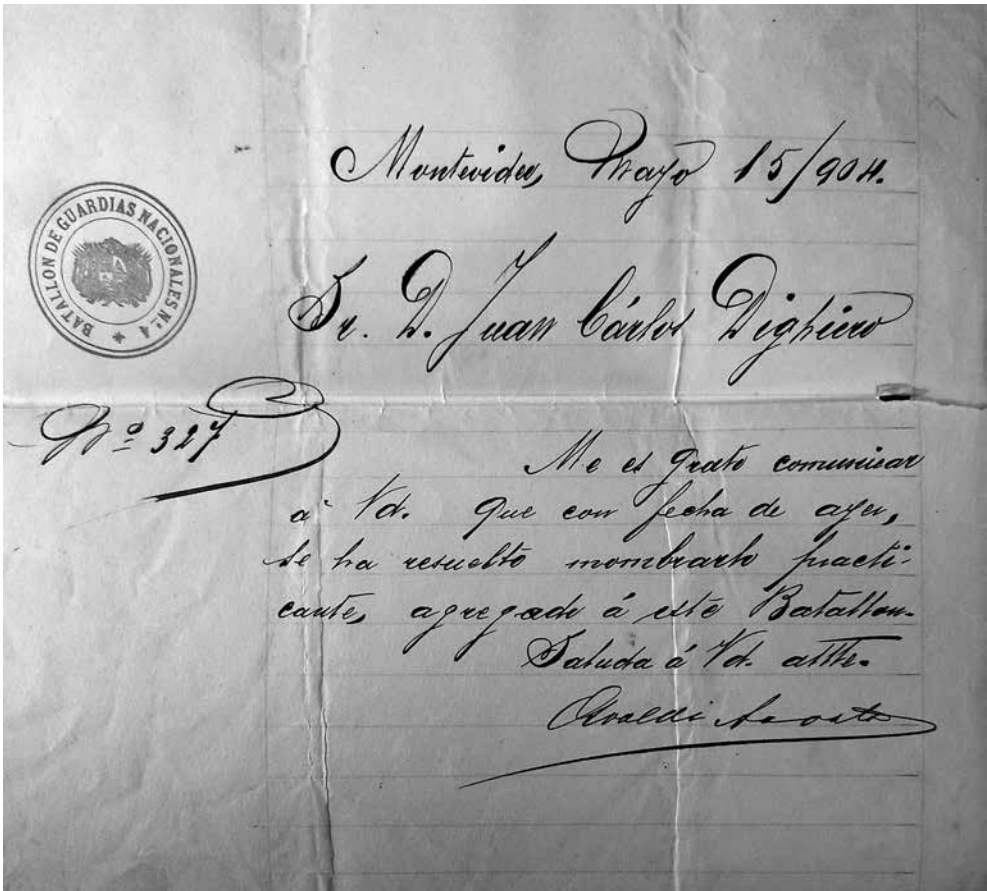
D’ANIELLO, escultor Juan.- Artista uruguayo (1891-1972). Muy joven partió hacia Europa, donde estudió pintura y escultura en el Real Instituto de Bellas Artes de Nápoles, y viajó años más tarde a Barcelona

24 CASTELLANOS, Alfredo y MENA SEGARRA, Antonio: Nomenclatura de Montevideo, Intendencia Municipal de Montevideo, 2000.

y Madrid, donde expuso sus obras. En 1921 pasó a Roma, donde obtuvo un puesto de honor en la Primera Bienal Romana. Más tarde fijó su residencia en Río de Janeiro, donde el gobierno brasileño le encomendó los bustos de los fundadores de la República, Deodoro de Fonseca, Quintino Bocayuba y Prudente de Moraes, que fueron colocados en la Galería de Honor del Senado Federal. En nuestro país realizó varios monumentos públicos: al Dr. Dighiero, emplazado frente a la Facultad de Medicina (1926); a María Stagnero de Munar, ubicado en el Prado (1929); a Garibaldi, emplazado en la plaza Manuel Herrera y Obes (1933); y «El Inmigrante», ubicado en el Puerto (1921), desde donde fue trasladado al Cerro; es autor también del monumento a Rodó, en la ciudad de Durazno, y a «La Bandera» en la ciudad de Canelones. En Roma realizó numerosos bustos y retratos de la nobleza y personalidades italianas, entre ellos un busto de Mussolini para el Palacio Chiggi.²⁵

25 CASTELLANOS, Alfredo y MENA SEGARRA, Antonio: *Nomenclatura de Montevideo*, Intendencia Municipal de Montevideo, 2000.

ANEXOS



Nº1872955



Nota RC.2556

Montevideo, Abril 22 de 1908

Señor Doctor Don Juan C. Dighiero.

Comunico á Vd. que el Poder Ejecutivo, con fecha 11 del corriente, ha aprobado su nombramiento para el cargo de profesor Agregado de Medicina, en la Facultad de Medicina, con carácter de interino y con el sueldo que le asigna la ley de Presupuesto.

Saludo á Vd. atentamente.

Roberto Leizaola

J. Ravina



4213.

ENº 923645

Montevideo, Mayo 20 de 1913

Dr. Dr. don Juan B. Dighiero.

Comunico a U.
que el P. B. con fecha 2 del corriente
se resolvió aprobar la propues-
ta formulada por el Consejo Di-
rectivo de la Facultad de Medici-
na a favor de U. para desempe-
ñar en propiedad el cargo de
Catedrático de Patología Médi-
ca.

Lo que tengo el agrado de
llevar a conocimiento de U. a
quien saludo atentamente.

P. del Campo

Montevideo
20 de Mayo

G. N.º 377890



Montevideo. Diciembre 27 de 1913.

N.º 4647

Señor Profesor de Patología Médica.

Doctor Don Juan Carlos Dighiero.

Deseando este Decanato confeccionar una Memoria, que contendrá una breve reseña histórica de la Facultad de Medicina, desde su fundación hasta la fecha, á fin de hacer conocer al país y al extranjero, el estado actual de la enseñanza que ha alcanzado la Facultad, solicito del Sr. Profesor, quiera contribuir al mejor éxito de esta obra, exponiendo en resumen su programa ó indique el procedimiento de enseñanza de la asignatura de que es profesor.

Agradezco desde ya la molestia que ocasionará tal pedido y aprovecho la oportunidad para saludar á Ud. atentamente.

Atte. J. J. M. S. C. A. V. S.
Su

M. J. Dighiero



Q.Nº 900918

Montevideo, Junio 23 de 1921.

Señor Profesor Dr. Juan Carlos Dighiere.

Me es grato comunicar á Vd. que, - habiendo el
Consejo Directivo concedido seis meses de licencia
al Profesor de Clínica Médica, Dr. Francisco Seca-, fué
designado Vd. para reemplazarlo, durante ese término.

Saludo á Vd., muy atentamente.

R. W. G. G. G.

Secretario.

Manuel G. G.
Decano.



SNº677848

Of. N° 2729/1922

Montevideo, Marzo 31 de 1922

Señor Profesor de Patología Médica, Doctor Juan C.
Dighiere

Vacante.- por fallecimiento del Doctor Francisco Seca-, el cargo de Profesor de Clínica Médica, - de acuerdo con lo establecido en los artículos 19 y 22 del Reglamento de cátedras de 29 de Julio de 1915 consulto á Ud. si aspira á ser trasladado á dicha cátedra, á fin de - en caso afirmativo - someterle al Consejo.

El plazo para que Ud. haga esa manifestación expira - de acuerdo con el reglamento citado - el sábado próximo, 8 de Abril á las 11 horas,

Saludo á Ud., muy atentamente

Manuel G. de la Cruz
Decano

Antonio J. de la Cruz
Secretario



Facultad de Medicina

Monte Mayo 31/922

D. Sr.

D. J. C. Dighem

Mi querido amigo: Quiero
hablar en ss. respecto a la cli-
nica médica - Lo espero el Lunes
entre las 6 de la tarde o ^{en la Facultad} en mi
Casa y en mi consultorio cuando
ss. quiere.

Con el cariño de
Siempre le estrecho la mano en
amf

Manuel J. J. J.



SNº 677894

Of. N° 3038/
1922

Montevideo, Abril 28 de 1922

Señor Profesor Doctor Don Juan C. Dighiere

Me es grato comunicar á Ud. á sus efectos, que el Consejo Directivo resolvió preponerle al Peder Ejecutivocano Profesor de Clínica Médica - con cargo al Presupuesto interno- en el Servicio que tenía á su cargo hasta ahora el Doctor Lussich.

Saludo á Ud., atentamente

Manuel G. G. G.
Decano

Amorijou Jean

Secretaria



SNº 677909

3064/mc.

Montevideo, Mayo 8 de 1922

Señor Profesor de Clínica Médica, Doctor Juan C.
Dighiere.

El Consejo Directivo de esta Facultad, resolvió la transformación de la Clínica Semioclínica en Clínica Médica. De acuerdo con esa resolución la enseñanza de la Clínica Semioclínica deberá hacerse en los Servicios de Clínica Médica.

Con ese motivo consulto á Ud. si desea dictar dicho curso directamente ó si prefiere que esa tarea sea encomendada á alguna persona adscripta á la Clínica á su cargo, - rogándole quiera, en este último caso, indicarme á quien podría ser confiada.

Saludo á Ud., muy atentamente

Man. E. de
Decano
Roberto Gómez

Secretario



T^N 367365

Hess/1922

Montevideo, Agosto 8 de 1922.

Señor Profesor Dr. Dr. Juan C. Bighiere.

Para su conocimiento, y demás efectos, tengo el agrado de transcribir á Vd. el siguiente decreto del Consejo Nacional de Administración:

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA.-Montevideo, Julio 27 de 1922.-VISTA:-la precedente nota del señor Decano de la Facultad de Medicina comunicando que el Consejo Directivo de la misma resolvió crear una cuarta Clínica Médica, designando profesora de ella al profesor actual de Patología Médica, doctor Juan C. Bighiere.- ATENCIÓN:- que la creación de dicha Clínica la fundamenta el Consejo referido en el número extraordinaria de estudiantes de esa asignatura que hace imposible la práctica indispensable, de un modo especialísimo, para los estudiantes que aspiran á un ejercicio profesional del cual la clínica médica con la quirúrgica son la base esencial.-ATENCIÓN:- lo expuesto por la Contaduría General de la Nación en su precedente informe y á que el Consejo Central Universitario, al elevar este asunto á conocimiento del Ministerio de Instrucción Pública, le ha hecho con informe favorable.-EL CONSEJO NACIONAL DE ADMINISTRACION.-RESUELVE: 1°. Créase en la Facultad de Medicina, con carácter de honoraria, -la 4 a Clínica Médica/- 2° Encargar honorariamente el desempeño de dicha

Clinica, por el término de quince días, de acuerdo con
lo dispuesto en el decreto de 5 de Mayo p.p.s., al pro-
puesto doctor Juan C. Bighiere. - Comuníquese, etc. - Por
el Consejo: CAMPISTEGUY. - RODOLFO MEZZERA."

Saludo á Vd., muy atentamente.

Manuel J. Campisteguy

Manuel J. Campisteguy
Decano.

Secretario.



4711/1923

Montevideo, Mayo 26 de 1923.

Señor Profesor Dr. Juan G. Bighiere.

El Consejo Directivo, -en sesión de 24 del corriente-,
al aceptar la renuncia presentada por Vd., -resolvió
agradecerle los importantes servicios prestados á la
Facultad en el cargo de Miembro del Consejo, como re-
presentante de los PROFESORES.

Me complace en transmitir á Vd. el agradecimiento
expresado, -y me reitero de Vd., muy atentamente.

Roberto Rojas

Secretario.

Francisco J. Ruiz
Decano.

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
RECTORÍA

VNº 038505

T.

1178
Montevideo, junio 14 de 1923.-

Señor Doctor Don Juan Carlos Dighiero.

Tengo el agrado de comunicar a Vd. que,
en la elección realizada ayer en la Facultad de Medicina, con objeto de integrar el Consejo Directivo de la misma, resultó usted electo miembro del expresado Consejo, en representación de los profesores.-

Saludo a Vd. muy atentamente,

Elías Regules,

Elías Regules

Montevideo Mayo 10/1822.

Señor Dr. Juan Carlos Deghien. *Presente*

Mi estimado Dr. y amigo. Este mi interino haecido una
visita en su consultorio en el objeto de hacer mi humilde
felicitation, a las muchas que habra recibido, en motivo
de su nombramiento en Profesor de Clinica Médica; pero el
temor de molestarle algunos minutos a sus múltiples ocupa-
ciones, me obligó a hacerselo por medio de estas líneas.

La Facultad de Medicina no pudo estar mas
acertada que designándole o al para esa clinica, en
la que, por mérito propio, será un digno sucesor del gran
Maestro, el siempre llamado Dr. Feo Vega.

Lo, que soy uno de los muchos q' gozan de perfecta
salud, de libre ánimo y coluivramente a su asistencia médica,
siente la mas grande satisfaccion por su triunfo, y en ese
motivo, le envío un fuerte abrazo de verdaderos amigos que
le estaré siempre afanado por las atenciones recibidas

Quedo affm. y c.

J. G. Lorenzini

Dr. Luis Morquio

CUAREIM, 1330

MONTEVIDEO

may 11/22

Estimado colega, amigo:

Me enteré por los
datos de hoy, que ayer
inauguró el *Chimé*
nuestro, en carácter de
Profesor titular —

Camacho en la obra
sabida, porque ella me
ha permitido el placer

de accompagnement en ce
acte.

De toute manière, une
félicitation, 7, mes
votés par et cette 7
proposés à son échange.

Suzanne

Leirker

May 10

Dr. Juan C. Dighiero.

Mi estimado colega:

Sierto queda
de la satisfacción en adhe-
rirme a la demostración
de que el rd. objeto hay.

El profesorado clínico-
ambrosio expresa de los que
a la enseñanza de los casos
nuestros entusiasmos, — es un
permanente acicate de acti-
vidad que no hace sino acentuar
las características personales,

del médico y del docente.

Cuando ella, vos, relevante,
Como en ese caso, ~~seguir~~, se
satisface el anhelo de los que
desearon para la Facultad
el ascenso de los mejores.

Que sea así, colmadas sus
aspiraciones en el nuevo cargo
descente su afuer

Augusto Linares

Jueves 11 -

Querido Diphien:

He visto con la mayor simpatía tu aspiración para el cargo de Profesor de la nueva Clínica Médica y haber sido para mí un placer el haber podido concurrir a la Ceremonia a la tuya a presencia. Solo por una obligación ineludible me vi privado de hacerlo y al haberlo podido ser un alivio en el momento en que llegabas a realizar la más alta aspiración de tu carrera de Clínico. Dado por recibido en estas líneas, con el afecto de una amistad íntima y nunca desmentida, y con el augurio de nuevos triunfos en la carrera, en la senda marcada por el tiempo y sentido maestro. Love.

Después como siempre a tu servicio.

Rafael Schiaffino

TELEGRAMA NACIONAL

Rec. de
a las
apto
emp.

SELLO
DE LA OFICINA



NOTA — La Administración no es responsable por errores, demoras o falta de entrega de los telegramas confiados para su transmisión.

Telegrama N°

5275

Doctor Juan Carlos
alighiero Mercedes
922. mridos



Procedencia del telegrama

N.º orig. 899 pls. 36 día 13.5.22 las 10.12 Observ.

Presente de esta no me ha sido
posible saludarlo felicitándolo
por su nueva -actación profesoral
mas pues la mi a las muchas fiestas
que ha recibido.

Jose Luis Amorim

Sociedad Olomay, Mayo 15 de 1932

Dr. Juan Carlos Sighiero
Montenides

Querido Sighiero:

Atento en Montenides
tres días y hubiera deseado verte para
felicitarte por el nombramiento de Pro-
fesor de Clínica Médica, y darte un
abrazo, la mañana del 70 que inau-
gurabas tu Clínica, rodeado de todos
los Profesores, Médicos y Estudiantes,
que demostraban su regocijo, por
tu gran éxito, mas esa misma ma-
ñana se hacía consulta para resolver
si se operaba o no a mi sobrino, el
mayorcito de Charamunt. Ya pues hoy
de acá mi fuerte abrazo.

Ademas deseaba hablarte sobre
la cuenta de Don José Larrañaga que
siempre me pide te escriba pidiéndote
la. Mándala a Larrañaga N.º 347.

Y en otro abrazo se despide tu me-
jor amigo R. J. Bouton

Maipuso, Julio 19/24

Señor Joseph U. S. Defensor

Mi querida Señora

Le ruego queira aceptar
estas flores para colocar
junto al retrato de su
querido compañero, - en
nombre de mi querida
muerta, a la que el con
tanto afecto creó.

A Vd y a mi no
cuentan solamente las pi-
mas como concubinas
presentame mi en
esta flus el recuerdo
del mi a mi hea hoy
un año, y la que he
ha dejado ayer.

Yo esperaba que me
veya personalmente a
saludarla - ni concurre
hoy al homenaje que se
tributa al año, como

discípulo - no tengo
valor!
Pero mi recuerdo
está con Vds, y mi
apareamiento al re-
me agudo con su cariño
y molondro la vida en
mi querida comparsa,
secreta plenamente sobre
los sueños, Vd y sus
hijos - me tendrán bien
en un momento con
-ga aparecida
Suya muy afectuosamente
Paulina Luisi

Esquela de Paulina Luisi a la viuda de Juan Carlos Dighiero, en el primer aniversario del fallecimiento de éste, cuando le envía unas flores para colocar junto al retrato de él, en recuerdo a su condiscípulo y médico de la madre de Paulina, que acaba de fallecer.

BANCO FRANCES

Supervielle & Cia

423 - 25 DE MAYO - 427

MONTEVIDEO

EN CUENTA CORRIENTE

~~Comité~~ Comité de Homenaje á la
Memoria del Doctor Juan C. Pighiero

Comité de Homenaje a la Memoria del Doctor Juan C. Dighiero						
FECHA	DETALLES			INICIAL	DÉBITO	CREDITO
10	Deposito	por el Sr.	Juan M. Solero			530 -
13	"	"	"			500 -
17	"	"	"			500 -
18	"	"	"			50 -
"	"	"	"			50 -
19	"	"	"			1.160 -
"	"	"	"			890 -
20	"	"	"			925 -
"	"	"	"			45 -
"	"	"	"			1.390 -
23	"	"	"			25 27
"	"	"	"			30 -
26	"	"	"			250 -
A LA VUELTA						5.625 27

Detalle de la cuenta bancaria del Comité de Homenaje a la Memoria del Doctor Juan C. Dighiero.

ÍNDICE

ÍNDICE

1	Introducción	9
2	Una breve semblanza	15
3	La familia Dighiero	23
4	Su formación médica	29
5	Antecedentes académicos	35
6	Dighiero profesor: sus clases inaugurales	45
7	La muerte de Juan Carlos Dighiero	59
8	La comisión de homenaje a Juan Carlos Dighiero	83
8	Anexos	113



Dighiero, médico, había escalado en pocos años una situación prominente. A los 42 años, un puesto de absolutamente primera fila en Montevideo, es indicio seguro de altas calidades. Dighiero las poseía pródigamente. Discípulo, -el primero- de Soca, a quien había acompañado como jefe de clínica y como asistente en los años de esplendor, había desenvuelto junto al gran maestro una personalidad de tan enérgico relieve, que el viejo clínico de Argerich declaraba, al embarcarse por última vez para Europa, su orgullo al dejar una escuela que prolongaría la vibración de su fuerte impulso y con un jefe de fila como el doctor Dighiero... (Héctor Homero Muiños).

El Dr. Dighiero poseía el “Sentido clínico” de Soca y el corazón de Vilardebó.

(José María Estapé).

Dighiero supo aunar no pocas de las condiciones que son la contextura y la aureola de los predilectos y de los elegidos: talento y saber descolantes, y afán constante por engrandecerlos; méritos reales pero escondidos por la modestia; despreocupación por el enriquecimiento propio y celo por el cultivo de la generosidad; atenciones y cuidados para el prójimo llevadas hasta el sacrificio; vida consagrada principalmente a los demás, con menosprecio, indiferencia u olvido por la propia vida; en suma: un ejemplar magnífico de altruismo que es la más grande de las virtudes humanas. (Ramón Montero Paullier).

EG

Ediciones Granada

ISBN: 978-9915-9857-2-5



9 789915 985725